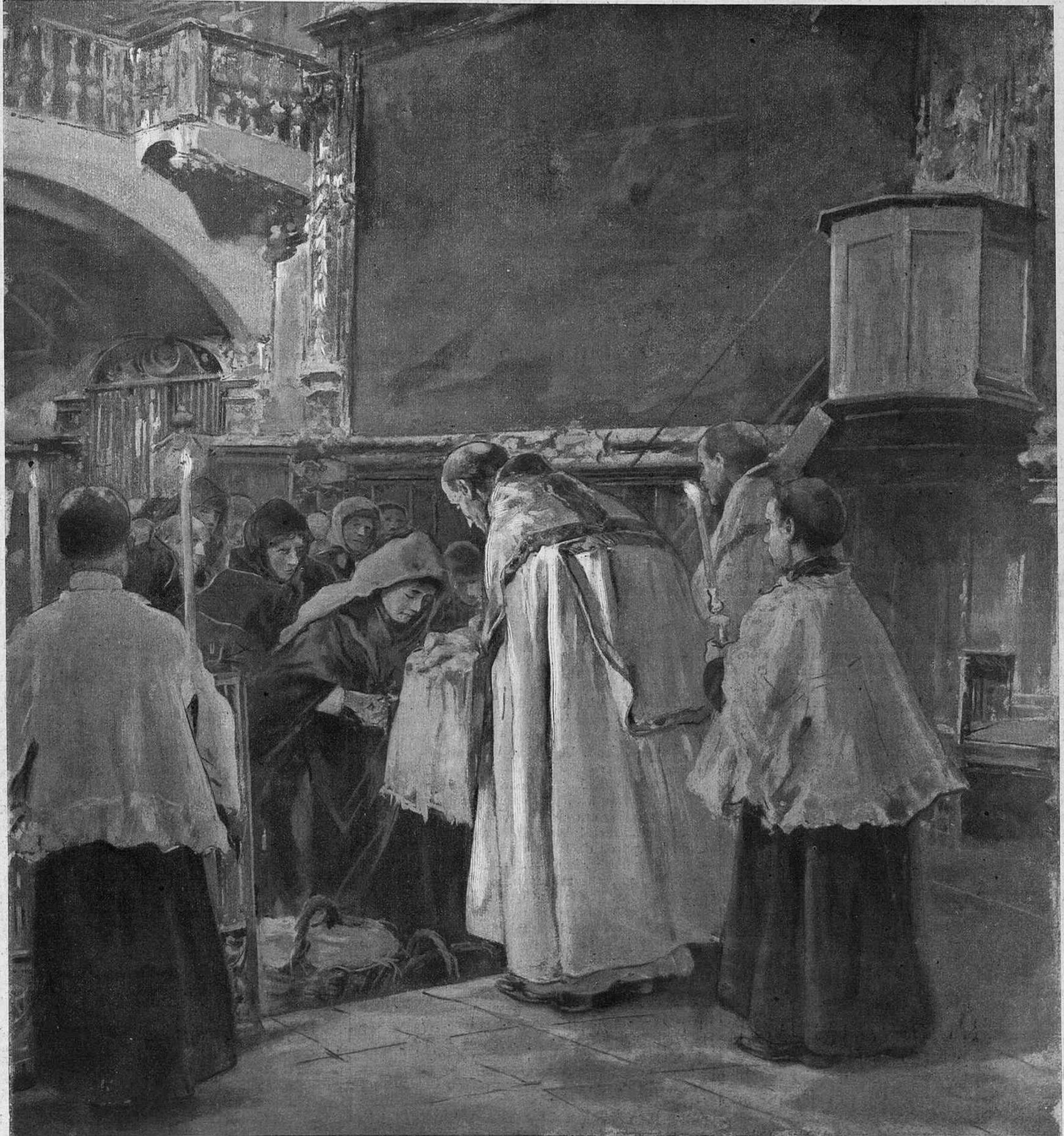


# La Ilustración Artística

AÑO XXIV

← BARCELONA 18 DE DICIEMBRE DE 1905 →

NÚM. 1.251



NÓCHEBUENA. — LA ADORACIÓN DEL NIÑO JESÚS

Dibujo de Arcadio Mas y Fondevila

## ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos el prospecto de la nueva serie de la **Biblioteca Universal** correspondiente al año 1906. Inútil nos parece encarecer la importancia de las obras en el mismo anunciadas, en cuya elección ha presidido, como siempre, el criterio de armonizar la bondad con la variedad y de dar á conocer, al propio tiempo que producciones de nuestros más reputados literatos, los libros de mayor actualidad y valía que se publican en el extranjero.

Por estas razones creemos que el prospecto ha de merecer la aprobación de nuestros suscriptores y del público en general, sabiendo como saben unos y otro que en nosotros los hechos responden siempre con creces á las promesas.

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el quinto y último tomo de la serie del presente año, que será **EL CALVARIO**, interesante novela del eminente escritor D. Francisco Acebal, con ilustraciones de Salvador Azpiazu.

## SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *La mejor cena*. Cuento de Nochebuena, por R. Ruiz López. — *Disturbios revolucionarios en Rusia*. — *Sierra Nevada*. — *Monumento á los aeronautas del sitio de París (1870-1871)*. — *El palacio Nobel*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La dama verde*, novela ilustrada (continuación). — *Tracción eléctrica de los trenes entre París y Juvissy*.

**Grabados.**—*Nochebuena*. La Adoración del Niño Jesús, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila. — Dibujo de J. Borrell que ilustra el artículo *La mejor cena*. Cuento de Nochebuena. — *El primer delito*, cuadro de Lady Stanley. — *Disturbios revolucionarios en Rusia*. San Petersburgo. Moscú. — *Sierra Nevada*. Ventisquero al pie del Veleta. — *El Veleta*. — *El Fraile de Capileira*. — *Laguna de la Yegua*. — *Monumento erigido á la memoria de los aeronautas del sitio de París (1870-71)*, obra de Bartholdi. — *El palacio Nobel en Cristianía*. — *La boda del torero*, cuadro de P. Salinas. — *Ninfa*, cuadro de Fernando Keller. — *Sir Enrique Campbell Bannerman*. — *La Música*, cuadro al pastel de Julio Cheret. — *El fumador*, cuadro de Luis Graner. — *La automotriz eléctrica del ferrocarril de Orleans*. — *S. M. la reina Isabel de Rumanía (Carman Sylva) trabajando en su despacho de Bucarest*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La idea de establecer las clases de cocina en algunas Sociedades de Madrid—creo que al Centro Gallego corresponde el honor de la iniciativa—hace pensar en la importancia que va adquiriendo esto del bien guisar, forma del refinamiento que en todos los aspectos de la vida penetra y se impone. Hojeando ayer el primer libro de cocina que se conoce, el famoso *Nola*, curiosidad bibliográfica contemporánea de la reconquista de Granada y del descubrimiento de América, por la cual es fácil inferir los menús probables de Fernando el Católico y de Carlos V, todavía encontraba más patente el adelanto que en eso, como en todo lo referente á la vida práctica, llevamos sobre nuestros antecesores. No es que comamos más en cantidad, ni aun en calidad de manjares; es que los manjares se aderezan con mayor cuidado, primor y gusto; que son más variados y discretos; que la repostería y la confitería, el arte de las salsas y los jugos, han hecho progresos incalculables; que se sabe ordenar y disponer una comida con arreglo á preceptos higiénicos, fisiológicos y racionales antes desconocidos, y que el cosmopolitismo, con sus sorpresas y recursos, ha enriquecido los recetarios, antes limitados á lo usual de cada país.

\* \*

Hoy, con amplia libertad, se asocian en la lista de un almuerzo ó comida el *curry* indio, el *oxtail* británico, el pollo «á la Marengo» históricamente francés, los salmonetes con piñones del Mediodía de España y la ensalada rusa. Hoy, si entra capricho, se une á todo esto un *zambaglione* italiano, una sopa de cerveza alemana (con el *oxtail*, son dos sopas) y un arroz de carnero á la marrueca. ¡Y no se queja nadie! En esto, como en todo, la libertad ha ensanchado los dominios del gusto, y ha multiplicado los goces y las exigencias de la humanidad.

En España, por ejemplo—si no mienten las indicaciones y datos que suministran la literatura y la historia—se comía, no sólo durante la Edad Media, sino en las épocas más recientes de los Trastámaras y los Austrias, con una sencillez muy parecida á pobreza y desaliño. Sancho García, el conde de Castilla, al dirigirse á su escudero trinchante, le pide que haga lonjas de un «magro tasajo»; y podemos suponer los perfiles que gastaría para su comida la Cató-

lica reina, en constante viaje al través de sus Estados. Por bien surtidos que llevase los reposteros de jornada, no cabe duda que faltarían infinitos pormenores para su regalo; pero Isabel no debió de ser nunca esclava de los goces de los sentidos, y antes poseía y ejercitaba la virtud de la sobriedad, que facilita y hasta ennoblece el existir. No podría decirse otro tanto de su nieto, el César Carlos V. Era éste un verdadero goloso, y acaso también se le pudiese llamar *glotón*. Porque, aun hallándose enfermo de la gota, padecimiento que se embravece con los excesos del comer, no renunciaba el héroe á los manjares succulentos y estimulantes, por consecuencia, favorables á su mal. Las aceitunas aliñadas con picante dentro; los embutidos de Alemania y de España, salchichones rosados y butifarras grasientas; los peces fuertes, carnosos, como el rodaballo, puesto en escabeche; las ostras en barriles; el jamón ahumado; todo lo que aviva la sed, reseca el gástrico y estimula el paladar, lo hacía venir el César desde muy lejos, no ya cuando ejercía la suprema autoridad y ganaba batallas, sino cuando, retirado en sus soledades de Yuste, debiera creerse que se hallaba contagiado de ascetismo. Los físicos seguramente no le recomendaban tal régimen, porque aun cuando los conocimientos no fuesen entonces tan extensos como ahora, la parquedad y templanza es de las nociones más antiguas, y moralistas y médicos, desde Hipócrates, condenaron la gula.

Hoy no se hubiese conformado el gran emperador con manjares que huelen de una legua á hostería flamenca ó á colmado andaluz, ni con los vinos correspondientes, y reclamaría, de seguro, listas complicadas, creaciones de cocineros sublimes, en que la gradación hábil de los sabores, el crescendo de la sensación, previenen la fatiga del estómago (al menos momentáneamente), y le entonan y deciden á la proeza que debe realizar. Hoy un negociante, un clubista, un señor algo acomodado, gusta y paladea lo que desconoció el dueño del mundo, cuando ya no conocía más placer que el gastronómico.

\* \*

La clase media, en España, hace un cuarto de siglo, comía tal vez abundante, pero tosco, sin gracia, sin inteligencia alguna. En el menor detalle se comprendía el atraso. No se tenía idea de los delicados entremeses que ahora figuran en los grandes almuerzos; no se sabía entreverar los platos, alternar las legumbres con las carnes y las aves, afinar y aligerar la repostería. En la época á que me refiero, los manjares eran muchos y buenos; sobran excelentes pescados, cebadas gallinas, lucios capones, onrdos pavos; no faltaban codornices ni perdices en invierno, ni frutos sazonados, ni carnes jugosas; pero todo lo deslucía la manera de sazonarlo, el estilo de presentarlo; faltaba el arte, la medida, el esmero, el sentido de la armonía, el don de quitar lo que sobra y poner lo que hace falta, condiciones del cocinero moderno, que es un artista.

\* \*

Para comprender hasta qué punto hemos avanzado en esto de comer esmeradamente, hay que pensar en una golosina muy deliciosa y hoy muy común; á saber, el helado. Yo recuerdo tiempos en que el helado era una especie de mito. Lo vendían, es cierto, en los cafés..., ¡pero con qué aparato, con qué misterio! Creían las buenas amas de casa de entonces que el helar era ciencia recóndita. No se fabricaba hielo artificial; la nieve se traía á lomo de mulo desde los pozos de la montaña. Y el helado tenía su estación fija, inalterable. Empezaba en el clásico día de Corpus, y terminaba al regresar los estudiantes á sus aulas. El día de Corpus, después de la procesión, cuando las familias regresaban á sus hogares, luciendo los chicos el pantalón de nankín y las señoras el traje rameado nuevo y la capota francesa, el criado se aproximaba sigilosamente, y al oído de su ama bisbiseaba:

—Ahí está eso...

Y eso era el farolito de metal en que traían, en copas de grueso cristal azul, el *mantecado*, la leche amerengada y la fresa..., esta última, muy contadas veces, en el corto plazo de producción de la fragante fruta; pues tampoco la horticultura estaba entonces en el caso de vulgarizar la fresa de «tres estaciones.»

El helado que con tal solemnidad se anunciaba solía ser detestable. En nada se parecía á los exquisitos refrescos que ahora abundan. Sabía, generalmente, al metal de la heladora, cuando no á la sal que se introducía en el recipiente. Sólo por casualidad, una vez que otra, salía perfectamente el helado,

tenía esencia y estaba trabado y compacto. Mas su masa fría, no por eso producía menos entusiasmo en los chiquillos, menos regocijo en las personas de respeto, menos asombro y envidia en los vecinos que veían llevar el farolito consabido y quedaban imaginándose el goce de tomar helado, en la tarde calurosa...

Y ahora, cualquier señorita un poco acostumbrada á ponerse el mandilito blanco con moños de color, dirige acertadamente á la modesta cocinera burguesa el «café blanco», el «perfecto Moka», el «sorbete de ananos» y aun el «volewsky.» Las barras de hielo se compran al peso; las maquinillas heladoras, modestas en su coste, cumplen á maravilla su cometido; los recetarios dan claramente la fórmula de esos recreos del paladar..., y lo que no disfrutaron antaño los monarcas ni los magnates, está al alcance de los ciudadanos pacíficos...

\* \*

Hemos adelantado también al proscribir los estimulantes y las especias; digo ciertas especias, demasiado insolentes, que se abren paso é imponen su sabor por encima de todos los demás. El clavo, la moscada, el laurel, el tabernario pimentón, la precoz guindilla, están casi proscritos de la cocina moderna. En cuanto al ajo, al ajo meridional, español, no es indiferencia, es odio á muerte el que le profesa la mayoría. Su olor, su sainete, repugnan. Hay que machacarlo, de modo que quede oculto, invisible, es decir, que ni trascienda, cuando es indispensable para un guiso. Verdad que ya, según Cervantes, era en el siglo XVII condimento de villanos. Hay platos nacionales que lo requieren; en Andalucía cierto gazpacho muy refrigerante, sano y bonito, que llaman *ajo blanco* y tiene tanto de ajo como de almendra..., pero no por eso es más recomendable ese condimento, cuyo olor infesta las cocinas y persiste saturando la boca, haciendo difícil la situación de las personas algo urbanas que lo han comido.

También es otro proscrito el azafrán... Y éste no merece, á mi ver, el mal concepto en que se le tiene y la rigurosa interdicción que le aleja de toda cocina selecta. Hay platos que exigen el azafrán: la anguila, por ejemplo, neutraliza su veneno propio—bastante activo, según se dice—con el azafrán, que además le sienta bien, especialmente cuando se ha de servir en pastel ó empanada. La sopa de fideos es mejor con azafrán, dígame lo que se diga... Y en los arroces y paellas, el azafrán no sobra.

La canela ha descendido igualmente, si bien no tanto como la alcarabea, los cominos, las *hierbas clásicas*, substituídas por otras *fnas hierbas francesas*, más disimuladas y elegantes. Todo cambia, todo fenece... Nuestros abuelos se chupaban los dedos tras de lo que hoy no toleramos ni en los ventorros.

\* \*

Y he aquí por qué las hijas de familia estudian el arte de Carême y de Brillat Savarin, y por qué la cocina substituye al piano, esa forma de arte burgués y casero, hoy eclipsado ante la sartén y el hornillo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## PENSAMIENTOS

La salud y la juventud son alegres compañeros de viaje que convierten en polvo dorado el polvo del camino.

A. GENNEVRAVE.

Cada época tiene sus cosas que las épocas posteriores no comprenden, lo que no impide que estas cosas hayan sido en otro tiempo legítimas.

—La libertad absoluta de imprenta ha matado el arte de saber decirlo todo en una época en que no puede decirse nada. El aire libre daña á las flores de invernadero.

ERNESTO LAVISSE.

Los movimientos bellos son la música de los ojos.

ANATOLIO FRANCE.

Los viajes dan á los ociosos la ilusión de la actividad. —La ilusiones hijas de la juventud son hijas condenadas generalmente á no sobrevivir á su madre.

—Mucho se perdona á las ilusiones que consuelan cuando se lucha con la realidad que no consuela.

G. M. VALTOUR.

La independencia del alma funda la independencia de los Estados.

MME. DE STAEL.

Los que sólo conocen la revolución y sus violencias son malos jueces de la marcha de un gobierno legal.

CHATEAUBRIAND.



LA MEJOR CENA.—CUENTO DE NOCHEBUENA, por R. Ruiz López

Todos los labios reían; los corazones todos rebotaban regocijo. Entre el estruendo de los tambores, panderos, almireces y zambombas, sobresalían las carcajadas. Cantábase á gritos, y las voces iban haciéndose roncadas, aunque no por eso menos alegres.

Los aparadores estaban repletos de golosinas: mantecados, alfajores, toda suerte de dulces caseros que durante las semanas últimas trajeron atareadísima á mi madre, y que pasada la vigilia, después de la misa del gallo, habían de servir para convidar á los jóvenes del pueblo que solían ir á felicitarlos, á beber y á bailar.

Uno de los gabinetes, convertido en esplendoroso nacimiento, servía de refugio á los pequeñuelos de la casa, que eran los más alborotadores y los más alegres, y que se sentían dichosísimos al contemplar aquel montón de figuras toscas, sabiamente ordenadas, que por encerrar en sí sueños venturosos de inocencia, son el recuerdo más poético, más sano y más enternecedor que nos acompaña en nuestra peregrinación por la vida.

Mi padre, médico de aquel pueblecillo, paseaba á lo largo del portal con el párroco, paisano suyo, que llegara días antes á tomar posesión de la parroquia y que se encontraba hospedado en mi casa. Hablaban animadamente, sin duda de Nochebuena pasadas, y sonreían con cierta amargura, como se sonríe á las dichas que fueron, como sonrío ahora yo al hablarlos de aquella Nochebuena, la última que pasamos reunidos mis padres, mis ocho hermanos y yo, ¡ya fuera de este mundo casi todos!

Mi madre, activa, contenta y cariñosa, en un incansante ir y venir vigilaba á los pequeños, no perdía de vista á los mayores y activaba la cena, que para los que pasaban de los veinticinco años sería colación por ser día de vigilia y de ayuno; cena en la que sin duda habría mucha alegría, ese vino de las almas, y muy poco vino, ese trastornador de cerebros, padre de la estupidez, de la locura y no pocas veces de la tragedia.

A ratos mi padre y el párroco entraban en el nacimiento, y los abrumábamos á preguntas, pidiendo nombres para las figuritas y haciéndonos explicar la misión que cada cual iba á cumplir: el cura, bondadoso y sonriente, lo explicaba todo con tal sencillez de lenguaje y acento tan persuasivo, que todos callábamos para escucharle con la boca abierta durante un par de minutos.

Como nadie pensaba en otra cosa que en diver-

tirse y los criados se curaban bien poco de que había que cenar, pasó la hora, y mil hubieran pasado á no ser porque los estómagos empezaron á reclamar imperiosamente algo más sólido y positivo que santos y redobles de tambor, y porque iba aproximándose el momento en que todos en masa habíamos de encaminarnos á la iglesia para oír cantar *Maitines*.

La tardanza hizo más vivo el apetito. Los mayores invadimos la cocina gritando. Mi madre se acercó á mi padre para decirle:

—Marcos, la mesa está puesta y la cena lista; ¿quieres que la sirvan?

—¡Andando!, repuso mi padre frotándose las manos.

Entramos en el comedor, bulliciosos y alegres, sin cesar en nuestra atronadora algazara. Mi padre, sonriente y feliz al vernos á todos felices y risueños, se disponía á sentarse, cuando llamaron violentamente.

Un criado entró á poco diciendo que Carmen *la Empinada* solicitaba hablar con mi padre.

—Que entre.

No tardó en presentarse una mujer desgreñada, mal envuelta en un mantón y llorosa, que dijo gimiendo, sin acordarse siquiera de dar las buenas noches:

—¡Ay, D. Marcos! ¡Mi Pedro! ¡Mi probe Pedro se ha caído al bajar de la cámara!

—Bueno, mujer, no llores así.

—¡Es que se ha roto la cabeza, señor, y echa sangre, que no parece sino que se va á quedar sin gota!..

Pálida y asustada, la pobre mujer se retorció las manos con desesperación. Nosotros la escuchábamos en silencio, compadecidos de que tal desgracia le acaeciera en tan memorable noche.

—Vamos, hija, no te asustes, que eso no será nada, dijo cariñosamente mi padre disponiéndose á seguirla.

La desventurada gritó:

—¡Ay, D. Marcos! ¡Corra osté!.. ¡Mi Pedro..., mi probecico Pedro!..

Y salió corriendo como loca; mi padre tomó de manos de mi madre la capa y el sombrero, dijo dos palabras al cura y salió detrás de Carmen. Uno de mis hermanos y yo le seguimos con ánimo de no abandonarle un momento.

Borrachos unos y alegres los más, los mozos recorrían las calles entonando roncadas cantos al son de

la música monótona y salvaje de tambores y panderos. De todas las casas parecían salir oleadas de alegría; el regocijo era desbordante.

Poco tardamos en llegar al domicilio de *la Empinada*. Afortunadamente, aunque la herida que se ocasionara Pedro era profunda y capaz de causar un buen susto á la familia, no presentaba síntoma alguno de gravedad. Pasado el atolondramiento que le produjo el golpe y auxiliado por sus hijos, casi fueron innecesarios los buenos oficios de mi padre. En pocos momentos lavó y vendó la herida, asegurando que aquello no era nada y que podían estar todos tranquilos, porque nadie llegaba á la muerte por tan poca cosa.

—Y ahora, agregó disponiéndose á salir y sonriendo alegremente, á celebrar la Nochebuena.

Carmen *la Empinada*, desconsolada, habló entonces: su voz triste y lastimosa se grabó de tal suerte en mi memoria, que, aun habiendo pasado muchos años, todavía me parece oírlo.

¡Celebrar la nochebuena! ¡Oh con cuánta facilidad se podía decir! Los desventurados estaban en la última miseria. Como hacía dos semanas que no cesaba de llover, y Pedro no podía ir al campo á ganar su jornal, llevaban ocho días sin ver apenas la gracia de Dios por aquella casa. ¡La vida de los jornaleros era así! A más aquellos cuatro muchachos tampoco hacían nada. Con aquel endemoniado temporal no se podía ir á recoger aceituna y las cuadrillas estaban paradas. Y luego... ¡como no eran ellos gentes para echarse á pedir por esas calles de Dios!..

Se interrumpió Carmen, temiendo que iba á romper á llorar. Pedro movía pausadamente la cabeza triste y resignado.

—De modo, dijo mi padre, que esta noche...

—Nos acostaremos con el consuelo, repuso la mayor de las hijas con resignación suprema, de que el Niño Jesús que fué al nacer tan probe como nosotros, no abandona nunca á los que son buenos.

Mi padre escuchaba visiblemente conmovido, y miraba embobado á aquellas pobres gentes sin alcanzar á comprender su miseria; á mi hermano, mayor que yo, se le habían saltado las lágrimas.

Después de un largo silencio preñado de tristeza, mi padre dijo, indicando á dos de aquellas muchachas:

—Venid con nosotros.

Como permanecieran indecisas y confusas, tuvo

que repetirles la orden. Miraron al herido como interrogándole, y aquél, con aire resignado, asintió con un movimiento de cabeza.

—Hasta mañana, dijo mi padre despidiéndose.

Aunque ninguno sabía de cierto lo que mi padre se proponía, Pedro, muy conmovido, apenas pudo contestar; Carmen cogió la mano derecha de mi padre y se la besó llorando; las muchachas nos despidieron diciendo tímidamente: «¡Con Dios!» Indudablemente aquellos corazones acababan de ser iluminados por un rayo de esperanza.

Salimos con las dos á quienes mi padre designara, que caminaban encogidas, azoradas y temblorosas, como si se las obligase á consumir una vergüenza, á cometer una mala acción.

En la calle los mozos seguían cantando; de las casas parecía salir el regocijo en oleadas; el influjo benéfico de la redención reinaba en todos los corazones.

Mi madre, que esperaba llena de ansiedad, salió á abrirnos la puerta; el párroco y mis hermanos acudieron presurosos, detrás llegaron los sirvientes: todos deseaban saber lo ocurrido, todos se interesaban por el desgraciado á quien casi suponían muerto.

En pocas palabras los tranquilizó mi padre y en seguida explicó la presencia de las hijas de Pedro y Carmen.

Aquellas pobres gentes necesitaban una cena confortable, como que apenas habían comido en quince días. Como improvisar una comida costaría trabajo y sobre todo tiempo, y era cuestión urgente, había decidido que aquellas muchachas, acompañadas de algunos de la casa, llevasen la cena preparada al pobre herido y á los suyos. Saber una aflicción y no correr á consolarla en semejante noche, sería la impiedad mayor del mundo. Precisamente Dios iba á bajar á la tierra para recordarnos que tenemos todos un padre común.

El sencillo y conmovedor discurso fué escuchado con religioso silencio; aquel caritativo deseo fué obedecido dulcemente; la cena que había de hacer nuestras delicias pasó á otra mesa donde nosotros no habíamos de ir á sentarnos, pero desde donde nos bendecirían en mi padre.

Algo conmovedor y consolador á un tiempo pareció fluctuar en el ambiente; un bienestar superior á todos los regocijos se apoderó de nuestros corazones.

Cuando se hubieron ido las hijas de Pedro, alguien hizo observar que no habiendo nada en la casa que no fuese carne, no podría arreglarse otra comida. Era imposible quebrantar la vigilia.

La noticia no causó impresión alguna en mi padre, que sonriendo, mientras apretaba afectuosamente la mano que le tendía el párroco felicitándole, dijo:

#### DISTURBIOS REVOLUCIONARIOS EN RUSIA

Necesitaríamos llenar varias columnas si hubiésemos de dar cuenta detallada de los sangrientos sucesos y de los disturbios revolucionarios que en Rusia se desarrollan. De algunos de ellos ya nos hemos ocupado en números anteriores; pero son tantos los focos de la rebelión, tan continuados los motines, las huelgas y las revueltas, que no es posible en un semanario de la índole del nuestro seguir la marcha de tales acontecimientos sino en sus líneas más generales.

En Sebastopol, sublevaron las tripulaciones de algunos buques de guerra de la escuadra anclada en aquel puerto dirigidas por el teniente Schmidt, que bombardearon los otros buques, que habían permanecido ajenos al movimiento, y los cuarteles de la ciudad. Al fin los sublevados fueron vencidos, habiéndose perdido dos torpederos é incendiado un crucero y habiendo costado la sedición algunos millares de víctimas.

En Kiew, los soldados de ingenieros se negaron á substituir á los huelguistas de telégrafos, se amotinaron y uniéndose á aquéllos recorrieron la ciudad y sostuvieron varios choques con las tropas leales, resultando de estos encuentros numerosas bajas por ambas partes.

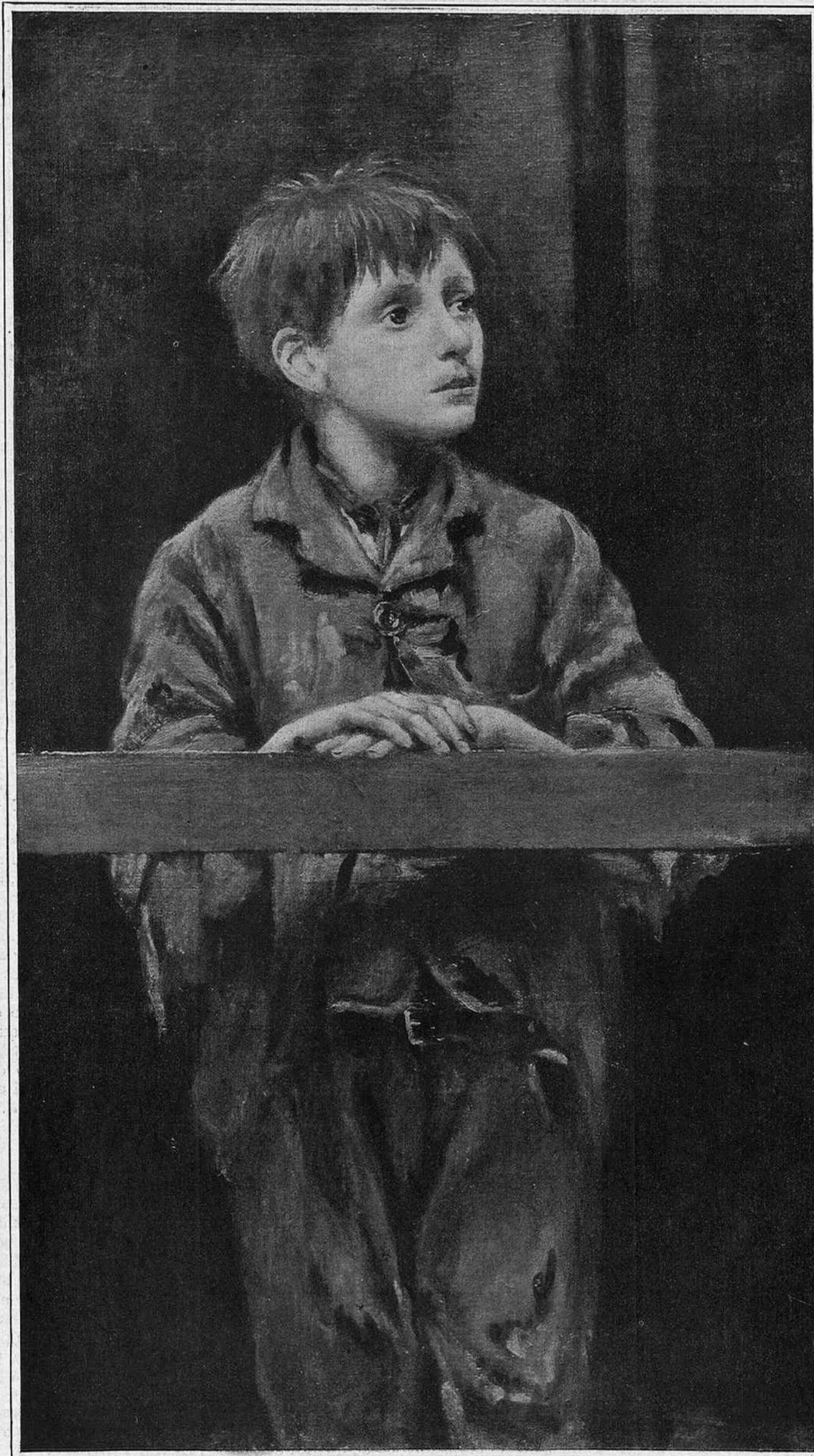
En Moscou, declaróse la huelga general, en la que tomaron parte 130.000 obreros, cuyas exigencias han obligado á muchos industriales á abandonar definitivamente sus negocios.

De Odessa y de Kharhoff salen continuamente numerosos fugitivos, huyendo de las matanzas que allí son el pan nuestro de cada día.

En San Petersburgo, en Moscou y en Varsovia ha estallado una formidable huelga de empleados de correos y telégrafos, con lo que Rusia se encuentra poco menos que aislada del resto del mundo.

El espíritu de insubordinación se ha extendido á la misma guarnición de Tsarko-Selo, la residencia del tsar, á esas tropas que se consideraban más adictas á la familia imperial, y que, según se dice, protestaron recientemente contra el empleo de las fuerzas militares en servicios de policía.

Por otra parte, los elementos rurales se van organizando poco á poco, según lo prueba el reciente congreso general de delegados de aldeanos celebrado en Moscou, en el que se votaron resoluciones tan graves como la socialización de la tierra y la nulidad de los empréstitos contratados últimamente por el gobierno ruso. Los individuos que formaban la mesa de este congreso revolucionario han sido encarcelados.—R.

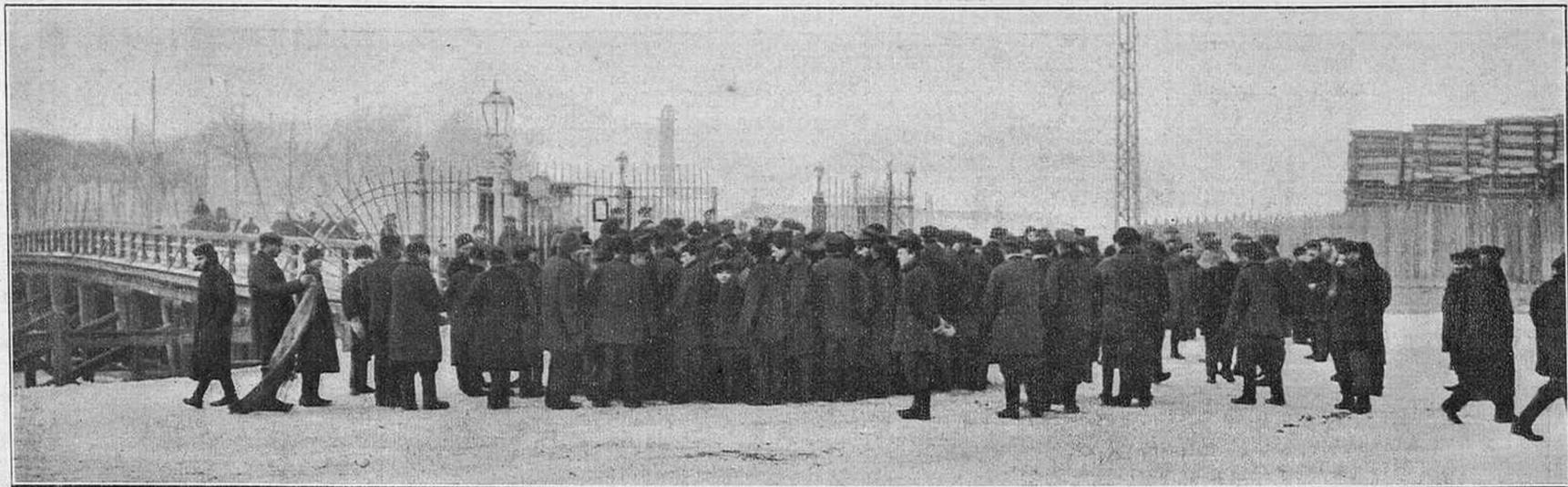


El primer delito, cuadro de Lady Stanley, que forma parte de la colección Tate de la Galería Nacional de Londres

—Nosotros cenaremos después de la misa del gallo. ¡Esta noche es Nochebuena!

Y abrazó á mi madre, que lloraba enternecida, y nos fué besando á todos, distribuyendo equitativamente aquel su cariño inmenso, que fué la mejor colación que he saboreado en mi vida.

(Dibujo de J. Borrell.)



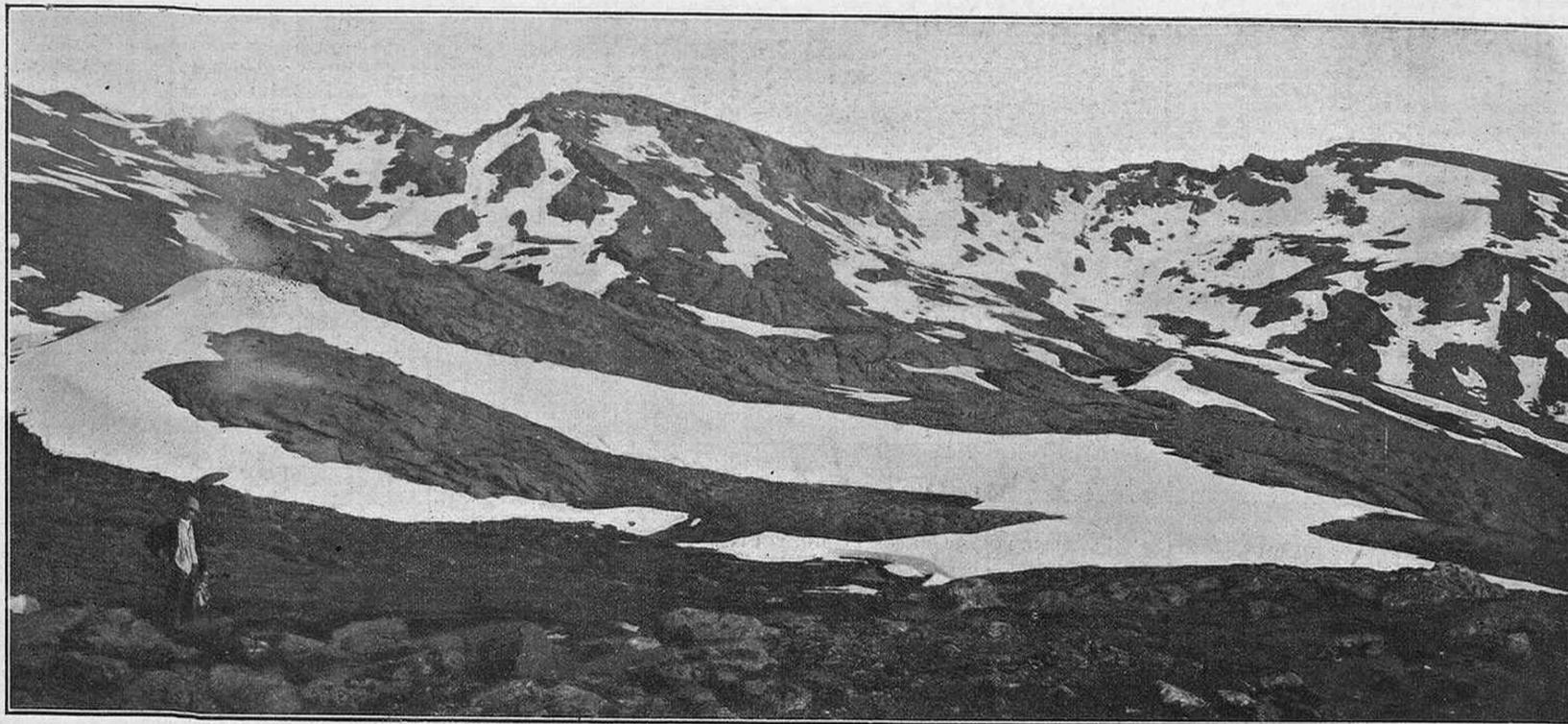
DISTURBIOS REVOLUCIONARIOS EN RUSIA. - SAN PETERSBURGO. - GRUPOS DE HUELGUISTAS EN EL MUELLE DEL ALMIRANTAZGO; Á LA IZQUIERDA UN HUELGUISTA CON LA BANDERA ROJA. (De fotografía de Bulla, comunicada por «Photo-Nouvelles.»)



MOSCOU. - EL PRIMER CONGRESO GENERAL DE LOS DELEGADOS DE LOS ALDEANOS. (De fotografía de Smirnof.)



DISTURBIOS REVOLUCIONARIOS EN RUSIA. - MOSCOU. - MEETING DE TELEGRAFISTAS Y EMPLEADOS DE CORREOS EN LA GRAN PLAZA DEL TEATRO EL 29 DE NOVIEMBRE ÚLTIMO. (De fotografía comunicada por «Photo-Nouvelles.»)



SIERRA NEVADA. - VENTISQUERO AL PIE DEL VELETA

## SIERRA NEVADA

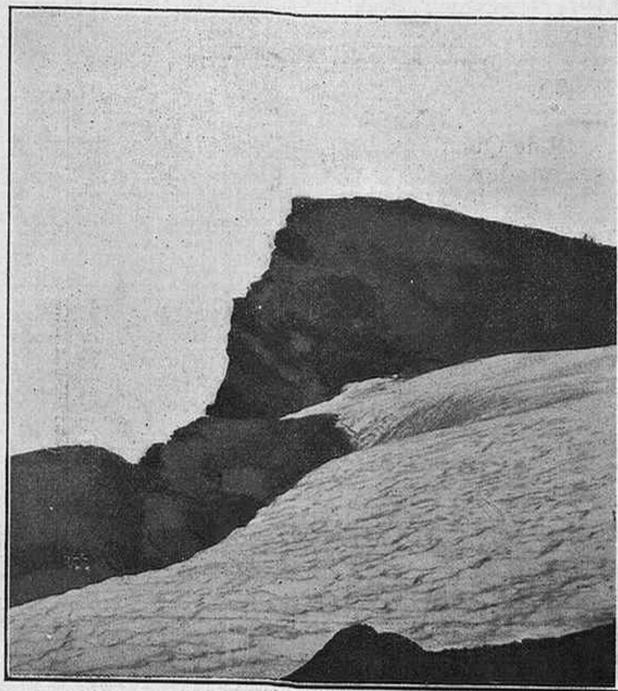
A pocas horas de Granada se alza majestuosa esta sierra, una de las más notables del mundo, pero también una de las menos conocidas. La naturaleza ha dotado ricamente a España; mas no parece sino que España, por culpa de quien ó de lo que sea, se ha empeñado en no explotar las bellezas de la naturaleza.

plantados de viña y de olivos, los declives, demasiado pobres de árboles, ostentan aquí y allí algunos grupos de nogales y castaños; suceden á éstos las encinas y por último el verde pálido de los céspedes que la nieve cubre durante la mitad del año. En las sinuosidades bien abrigadas, especialmente en las de la vertiente septentrional, la nieve forma grandes ventisqueros, de los cuales el más importante es el que hay al pie del Veleta, en el que la nieve tiene un espesor de 60 á 100 metros. Este campo de hielo es el más meridional de Europa.

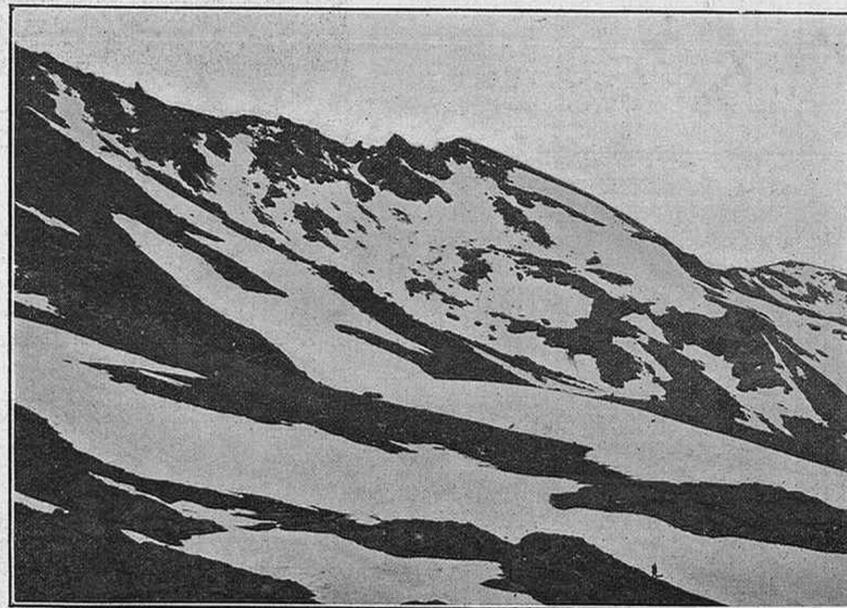
Los picos principales de Sierra Nevada son el Mulhacén (3.481 metros), el Veleta (3.428), la Alcazaba (3.314) y el de los Machos (3.313), alturas importantísimas clasificadas en categoría como las segundas de Europa. Desde estas cumbres se disfruta de uno de los panoramas más sorprendentes que

imaginarse puedan. Eliseo Reclús, en su famosa geografía, al ocuparse de esto dice: «Desde el picacho del Veleta, la vista no es quizás menos bella que desde la cumbre del Etna. Vese á sus pies todo el Mediodía de España, con sus ricos valles regados, sus ásperos peñascos, sus

soledades rojizas, que la lejanía hace vaporosas, y la negra muralla formada por los montes de Extremadura y de Sierra Morena, que limitan la meseta central. Al Sur, como surgidas de un abismo, aparecen otras montañas; pero la mirada se siente especial-



SIERRA NEVADA. - EL VELETA (3.428 METROS)



SIERRA NEVADA. - EL FRAILE DE CAPILEIRA

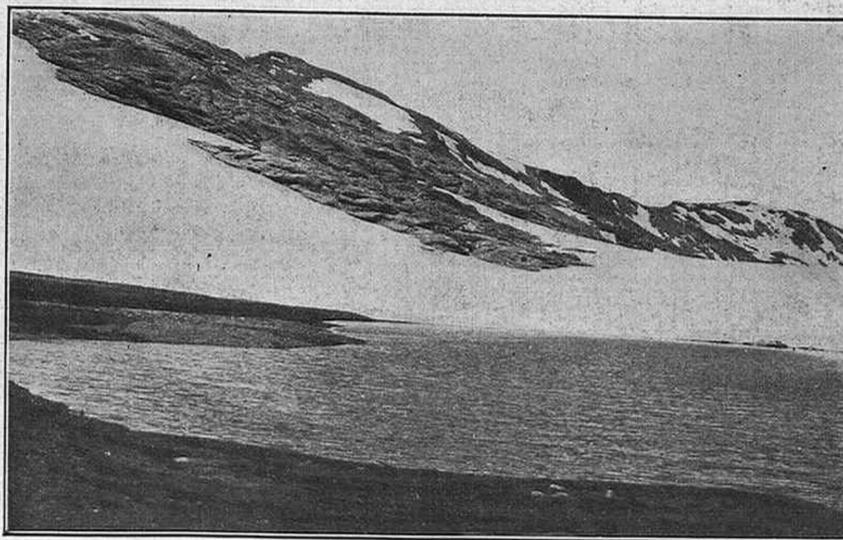
En otros países, la ascensión á Sierra Nevada sería una excursión fácil y agradable; la industria de los hombres, poniendo á contribución los adelantos científicos, habría construído las vías de comunicación necesarias, y en los picos donde hoy reina la soledad más absoluta, no faltarían lujosos hoteles que brindasen al turista cuantas comodidades apetecer pudiera. En el nuestro, la expedición resulta por demás difícil, y se necesitan una gran dosis de buena voluntad y mucho amor al excursionismo para arrostrar las penalidades que supone la ascensión en las condiciones en que actualmente ha de hacerse.

Sierra Nevada, punto culminante de nuestra península, parece más alta aún de lo que es por la relativa pequeñez de la base sobre la cual se levanta y que sólo tiene 80 kilómetros de Este á Oeste y 40 de Norte á Sur. Las montañas que la forman presentan por todas partes escarpes difíciles de escalar, y en sus vertientes se suceden con regularidad las distintas zonas de vegetación hasta llegar á la región de las nieves perpetuas, por encima de la cual asoman sus cimas los picos del Mulhacén, del Veleta y de la Alcazaba. Sobre los primeros basamentos,

mente atraída hacia la verde faja del litoral, hacia el mar grande y el perfil de los montes berberiscos envueltos en niebla que el islote de Alborán y el alto promontorio marroquí de las Tres Horcas, situados precisamente al Sur de Sierra Nevada, parecen unir como un resto de istmo al continente de Europa.»

La fusión de las nieves de Sierra Nevada dan á los campos de los valles y de las llanuras de los alrededores una exuberancia prodigiosa de vegetación; á ella, á la multitud de arroyos que de aquellas alturas descenden, debe la Vega de Granada, cantada por todos los poetas, la riqueza de sus cultivos, la belleza de sus flores, la excelencia de sus frutos.

Las fotografías que publicamos, de D. José Martín, de Granada, dan idea de las grandiosas bellezas de Sierra Nevada, comparables con las más admirables en su género del extranjero. —X.



SIERRA NEVADA. - LAGUNA DE LA YEGUA, SITUADA AL PIE DEL VELETA

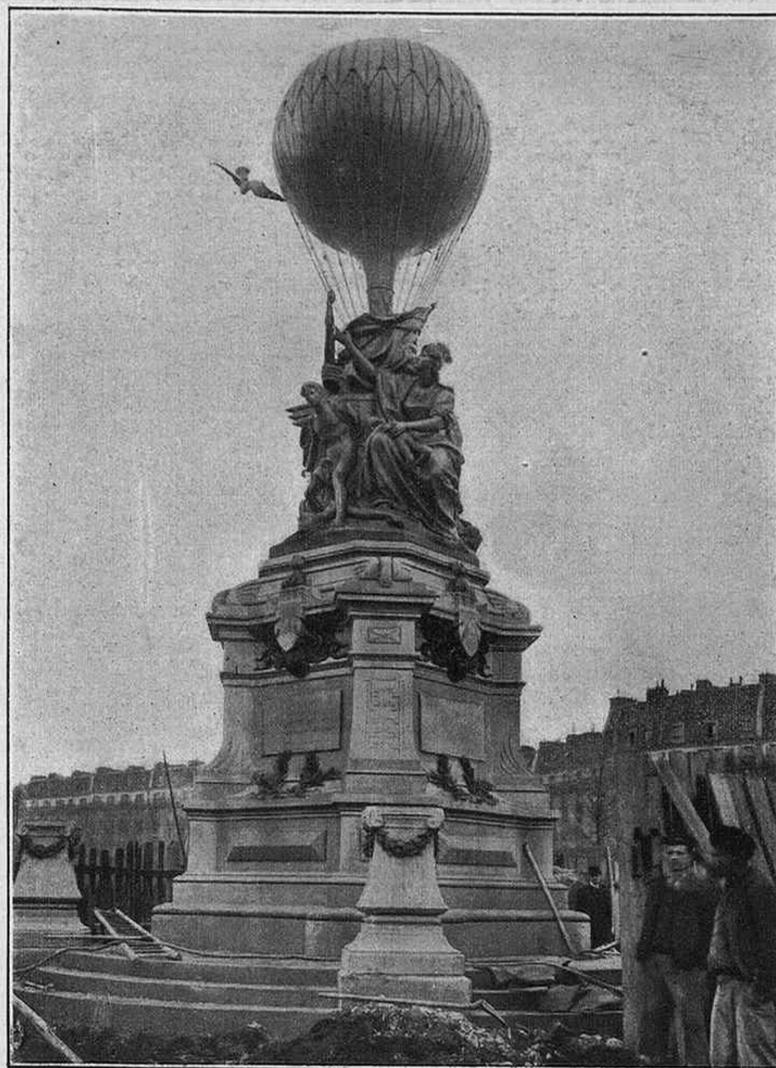
MONUMENTO A LOS AERONAUTAS  
DEL SITIO DE PARÍS (1870-1871)

La primera vez que se aplicó la navegación aérea al arte militar fué durante el terrible sitio de París, última página de la guerra franco alemana. Desde el 23 de septiembre de 1870 al 13 de enero de 1871, salieron de aquella capital cincuenta y dos globos que en su mayor parte lograron atravesar las posiciones alemanas y llegar á su destino. Algunos, sin embargo, fueron capturados por el enemigo y otros se perdieron en el mar.

Con los adelantos que en materia de aerostación se han conseguido en estos últimos tiempos, no parecerá á muchos gran hazaña lo que realizaron los aeronautas parisienses en aquella ocasión; hoy, en efecto, se efectúan por simple deporte ascensiones mucho más atrevidas que las que aquéllos llevaron á cabo, y se hacen viajes de miles de kilómetros, remontándose los viajeros á inmensas alturas. Pero si se tiene en cuenta que la navegación aérea no contaba entonces con los recursos de que hoy dispone, y si se consideran sobre todo las circunstancias excepcionales en que tales ascensiones se realizaban, dentro de una plaza sitiada por un enemigo que disponía de ejércitos numerosos y de medios formidables, se comprenderá que las expediciones aéreas del sitio de París eran empresas casi temerarias, y que los que en ellas tomaban parte habían de arrostrar muchos y muy graves peligros, no sólo por las deficiencias del medio de locomoción empleado, sino también por tener que atravesar territorios ocupados por las tropas invasoras.

Justa fué, pues, la admiración que aquellas salidas causaron entonces en todo el mundo.

Para recompensar á los aeronautas que expusieron en aquella ocasión su vida, el Consejo municipal de París creó en 1874 una medalla conmemorativa, y hace algunos años el gobierno francés acordó erigir á la memoria de los mismos un monumento cuya



MONUMENTO ERIGIDO Á LA MEMORIA DE LOS AERONAUTAS DEL SITIO DE PARÍS (1870-1871) Y QUE SE INAUGURARÁ EN AQUELLA CAPITAL Á PRINCIPIOS DE 1906. Obra de Bartholdi. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.<sup>ª</sup>)

ejecución fué confiada al eminente escultor Bartholdi. Este famoso artista, autor de tantas y tan hermosas obras monumentales, entre ellas de la estatua colosal de *La Libertad iluminando el mundo* que se alza á la entrada del puerto de Nueva York, presen-

tó el modelo del monumento en el Salón de París de 1904; pero la muerte, que le sorprendió pocos meses después, le impidió ejecutar la obra definitiva.

En el monumento, que se inaugurará en los primeros días del año que viene, y cuya reproducción adjunta publicamos, se admiran, como en todas las de Bartholdi, una grandiosidad que responde á la magnitud del hecho que conmemora, y una elegancia de líneas y una armonía de proporciones que atraen y cautivan.—S.

EL PALACIO NOBEL

El Comité creado por el gran filántropo Nobel para la adjudicación de los cinco premios por él instituidos, tiene desde hace poco casa propia en el palacio construído al efecto en Cristianía y cuya inauguración ha coincidido con la independencia de Noruega y con el entronizamiento del rey Hakón VII.

Hace pocos días se ha celebrado en él con gran solemnidad la distribución de los premios correspondientes al presente año. Presenció el acto el joven monarca, acompañado de la reina, de los ministros, de los miembros del Storting y de todo el cuerpo diplomático.

El ministro de Negocios Extranjeros, M. Løvland, pronunció un discurso encomiando la obra de Nobel y haciendo votos porque prosperen las ideas que inspiraron su generosa fundación.

Después se proclamaron los nombres de los agraciados con los premios.

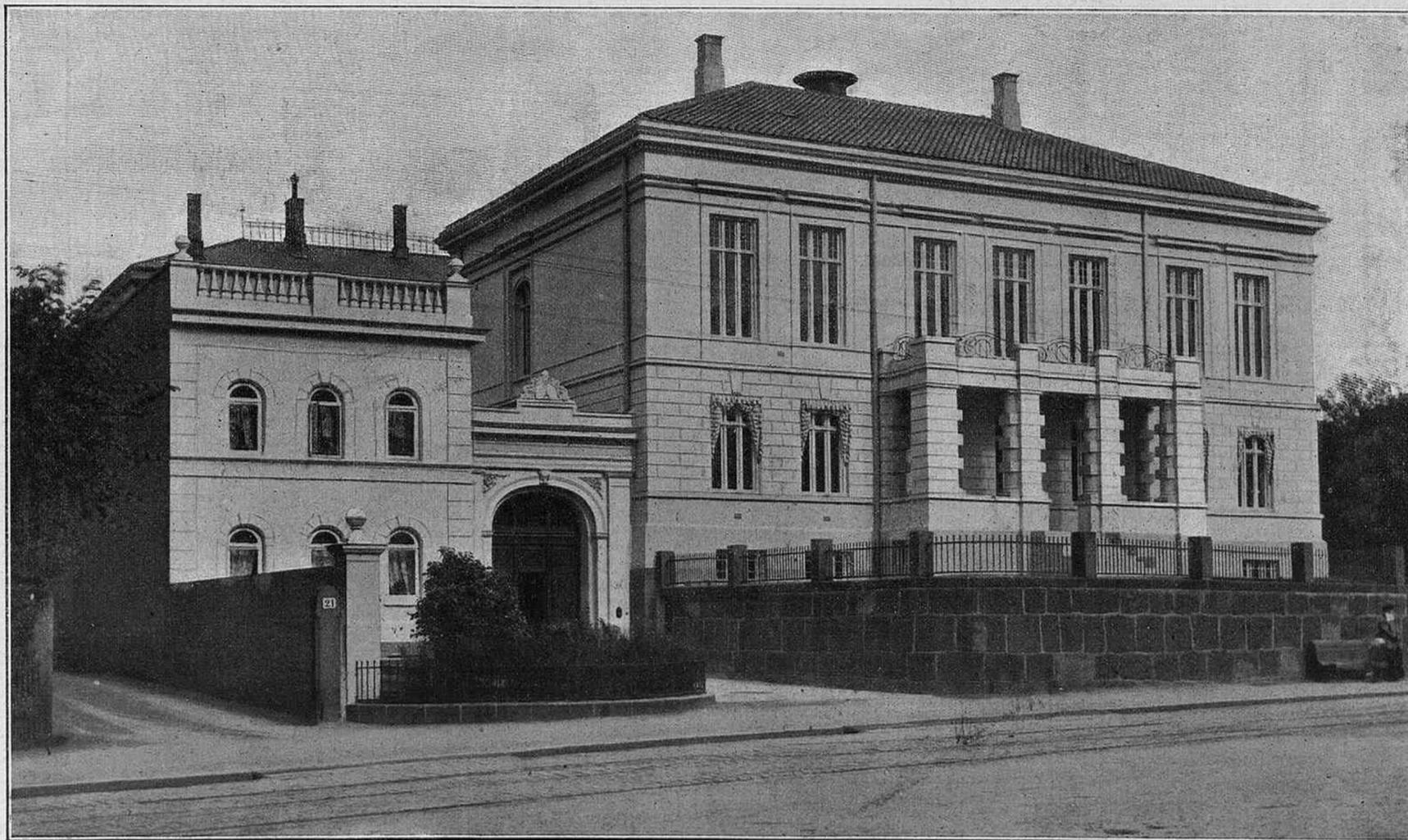
El premio de la Paz á la Sra. Berta de Sutner, autora del notable libro *¡Abajo las armas!*

El de la Medicina al profesor alemán Roberto Koch, por sus trabajos y descubrimientos relativos á la tuberculosis.

El de Física al profesor Lenard, de Kiel, por sus trabajos sobre los rayos catódicos.

El de Química al profesor Baeyer, de Munich, por sus estudios sobre el indigo y el tripenilo metano.

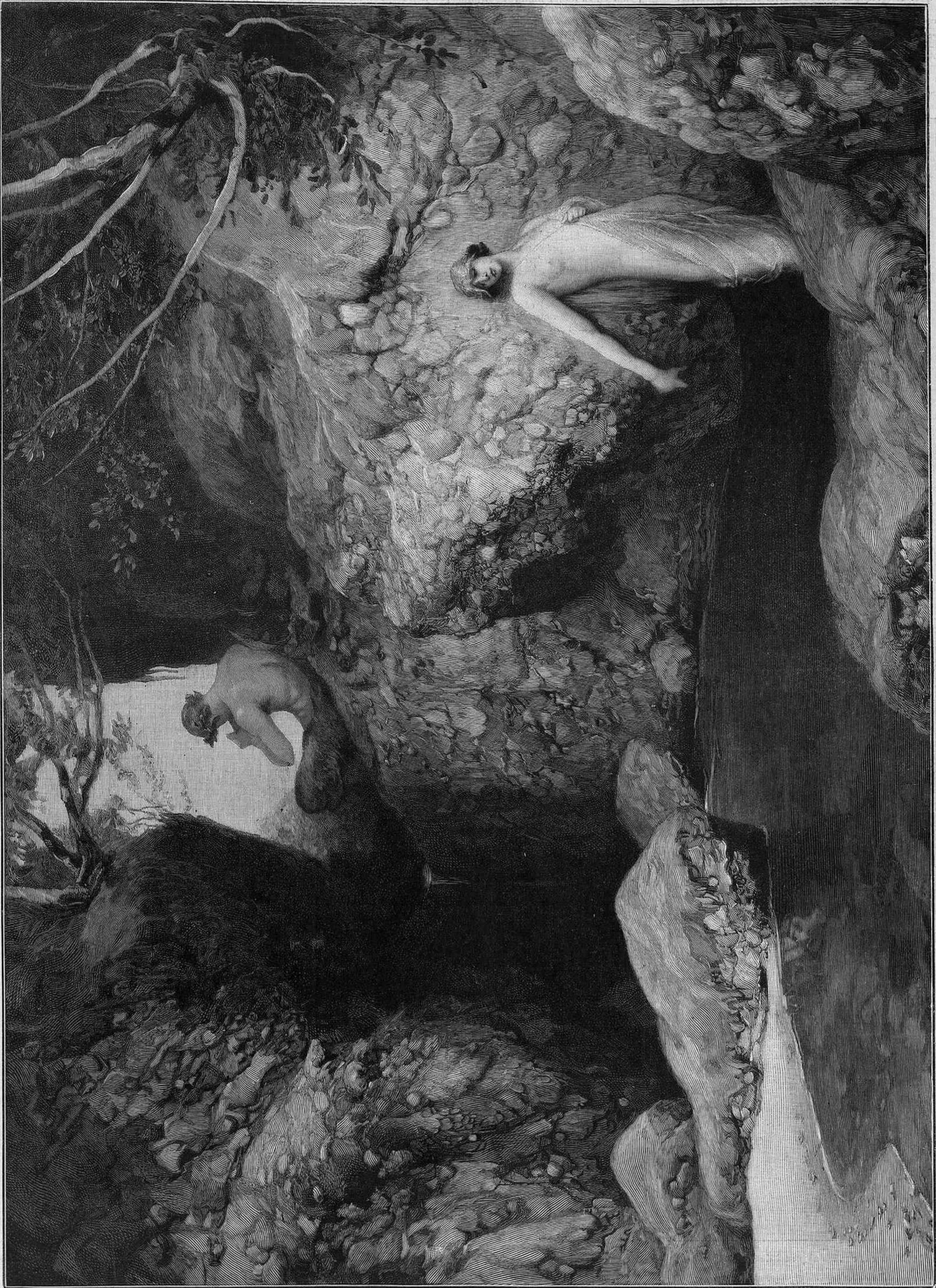
El de Literatura al eminente escritor polaco Enrique Sienkiewicz, autor de la famosa novela *Quo vadis!*—S.



CRISTIANÍA. — EL PALACIO NOBEL RECIENTEMENTE INAUGURADO Y EN EL QUE SE HA REUNIDO EL COMITÉ ENCARGADO DE ADJUDICAR LOS PREMIOS DE LA FUNDACIÓN DE AQUEL NOMBRE. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.<sup>ª</sup>)



LA BODA DEL TOREIRO, cuadro de P. Salinas

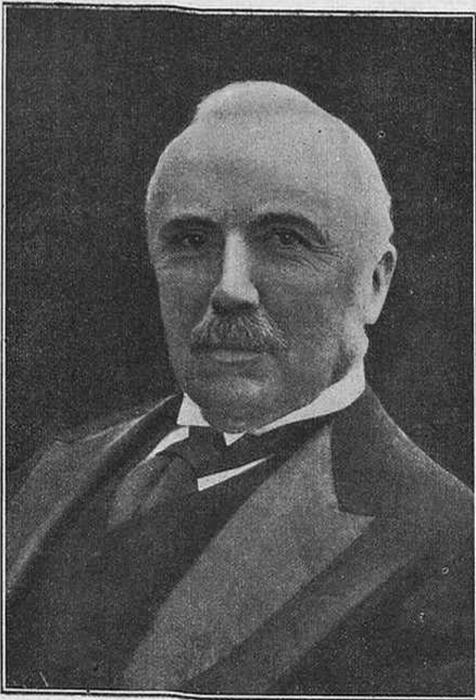


NINFA, cuadro de Fernando Keller

SIR ENRIQUE CAMPBELL BANNERMAN

A consecuencia de la dimisión del gabinete conservador presidido por Mr. Balfour, el rey de Inglaterra ha confiado á sir Enrique Campbell Bannerman, *leader* de la oposición parlamentaria, la misión de formar un gabinete liberal.

El nuevo primer ministro inglés nació en Escocia en 1836 y desde 1868 figura en la Cámara de los Comunes. Durante su larga carrera política ha sido secretario de Hacienda en el mi-



SIR ENRIQUE CAMPBELL BANNERMAN, presidente del nuevo ministerio inglés

nisterio de la Guerra desde 1871 á 1874, y en 1880; secretario del Almirantazgo en 1882, y secretario de Estado en la Guerra en 1886, en el último gabinete Gladstone.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 809, 812, 816 y 817)

Nochebuena. La adoración del Niño Jesús, dibujo de Mas y Fondevila. — Entre las piadosas costumbres que se conservan



LA MÚSICA, cuadro al pastel de Julio Cheret

en las poblaciones rurales, más que en las ciudades populosas, figura la de adorar al Niño Jesús en la Nochebuena, aniversario del nacimiento del Salvador en el portal de Belén. Es una ceremonia sencilla y conmovedora; el cura, revestido de sus mejores ornamentos, presenta una imagen del Divino Niño á

los fieles, y éstos, llenos de unción, acuden á besarle y á depositar en su honor humildes ofrendas, en tanto que en las bóvedas del modesto templo resuenan las alegres notas de los tradicionales villancicos.

Esta escena ha inspirado á Mas y Fondevila el bellísimo dibujo que en la primera página de este número publicamos. Excusado nos parece hacer el elogio de esta obra, no sólo por tratarse de artista de tanta valía, sino, además, porque aun el menos versado en bellas artes puede apreciar sin el menor esfuerzo la verdad con que aparece reproducida la escena, la firmeza con que están trazadas y agrupadas las figuras, y sobre todo la poesía, el sentimiento, que emanan de esta hermosa composición.

*El primer delito, cuadro de Lady Stanley.* — ¿Quién le empujó á cometer la primera transgresión de la ley que le lleva ante el tribunal? ¿Quién es el verdadero responsable de su primer delito? Para dilucidar las cuestiones que estas dos preguntas entrañan, se han escrito centenares de libros, en los que se exponen las teorías más opuestas, que no hemos de mencionar siquiera. Prescindiendo, pues, de todo lo que sobre este asunto se ha dicho, y fijándonos solamente en la figura del pilluelo tan admirablemente pintado por Lady Stanley, diremos que basta ver la expresión de aquella cara y los miserables harapos que cubren su cuerpo para comprender que lo que le impulsó á delinquir fué la miseria, material y moral, y que mucha parte de la responsabilidad, si no toda, de su delito corresponde al abandono de una sociedad imperfecta ó mal organizada que deja que tomen el camino del mal esos infelices niños que oportunamente amparados é instruidos serían hombres honrados y miembros útiles de la humanidad.

*La boda del torero, cuadro de P. Salinas.* — Los que repasen la colección de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA encontrarán en ella multitud de cuadros de este celebrado pintor español, entre ellos *Una boda en Aragón, El banquete de boda, Un bautizo en España, Fiesta de familia en Andalucía, La despedida del torero, Fiesta en un merendero á principios del siglo y Una comida de boda en Andalucía.* En todas estas obras se nos muestra Salinas enamorado de las pintorescas costumbres españolas, especialmente de fines del siglo XVIII y principios del XIX, que le permiten trazar esas composiciones llenas de movimiento y ricas de colorido, que tanta y tan justa fama le han conquistado. La que hoy reproducimos pertenece al mismo género que las citadas y ofrece las mismas bellezas de composición, de dibujo y de color que tantas veces hemos elogiado en su autor.

*Ninfa, cuadro de Fernando Keller.* — Hay temas que nunca envejecen si quien los trata sabe colocarse en el punto de vista predominante en la época en que vive. Tal sucede con los personajes y episodios de la mitología que en todos los tiempos han inspirado á los artistas más ilustres. Fernando Keller, de quien nos ocupamos en el número último, se ha inspirado en este cuadro en un asunto mitológico tan explotado como el de la ninfa y el fauno; pero ha sabido darle una apariencia de realidad que, unida al aspecto decorativo del lienzo, lo hace perfectamente adaptable á las tendencias y á los gustos modernos.

MISCELÁNEA

**Bellas Artes.** — PARÍS. — Entre las últimas adquisiciones del Museo del Louvre figuran: un excelente retrato de Maillard, comprado por el Estado; una *Pieta*, hermosa obra de un primitivo francés, cedida por la Sociedad de Amigos del Louvre; y cuatro cuadros de Greuse, dos de Teniers y uno de cada uno de los pintores Ruisdael, Hobbema Wouwermann y Backnizen, que formaban parte de la colección del barón Arturo de Rothschild.

LONDRES. — En Londres se ha descubierto un cuadro de Rubens que en el inventario de la herencia de éste se describe como retrato de Carlos el Temerario, vestido con armadura y que fué pintado por aquél en 1635, al mismo tiempo que otro del propio personaje que se conserva en el museo de Viena, con el cual tiene gran semejanza. El retrato ahora descubierto y para el cual debió servir de modelo otro ejecutado en tiempo de Carlos el Temerario y hoy desaparecido, representa al fundador del poderío flamenco cubierto de brillante armadura y un manto rojo adornado de joyas.

FRANCFORT DEL MEIN. — El Ayuntamiento de Francfort del Mein ha recibido recientemente dos importantes legados, que representan en junto una renta anual de 70.000 marcos (87.250 pesetas) y que han de ser destinados al aumento de las colecciones artísticas de aquella ciudad.

NUREMBERG. — El municipio nurembergués ha acordado la compra, por 300.000 marcos (375.000 pesetas) de una casa antigua á fin de evitar que pasara á extrañas manos un famoso salón de la misma, adornado con magníficas esculturas de Pedro Flotner, que el actual propietario del inmueble trataba de vender.

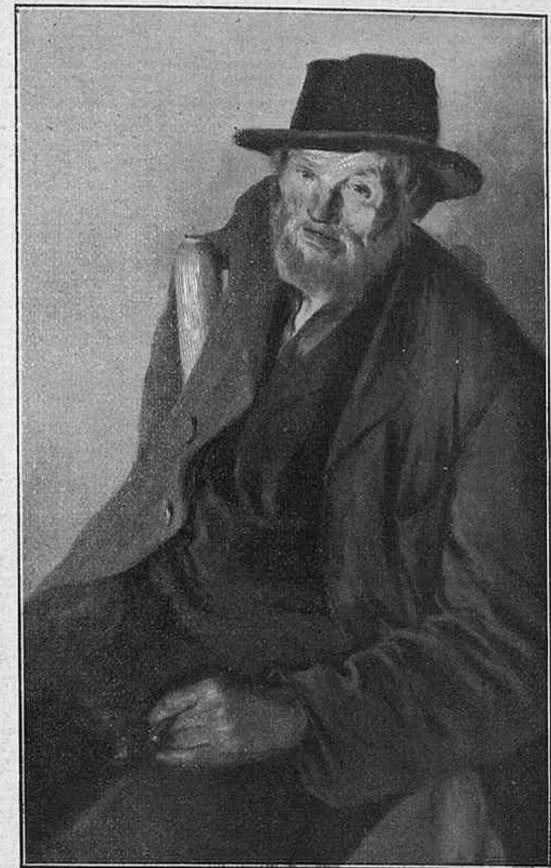
AMSTERDAM. — Un particular, el Sr. J. C. Drucker, ha regalado á la ciudad de Amsterdam una soberbia colección de más de cien cuadros al óleo, acuarelas y pasteles de los principales pintores holandeses de la segunda mitad del siglo XIX.

GRANADA. — A propósito del lamentable estado en que se encuentra la Alhambra y del proyecto de pedir á las Cortes los fondos necesarios para su conservación y restauración, dice un importante periódico ilustrado alemán, no sabemos con qué fundamento, que «como la obtención de estos fondos puede encontrar dificultades, dado el estado de la hacienda española, ha surgido la idea de promover una suscripción internacional.»

**Espectáculos.** — En Teherán, capital de Persia, se han representado recientemente algunas comedias de Moliere, traducidas al persa por el general Lemaire, uno de los personajes que han acompañado al Shah, en su último viaje á Europa.

— En el presente año se inaugurará en Normandía un nuevo teatro de la naturaleza, por iniciativa de Jorge Bureau, que ha descubierto cerca de Etrepat un antiguo teatro romano en bastante buen estado de conservación.

— En las representaciones wagnerianas organizadas en Baireuth para el verano de 1906 se cantarán: *Parsifal* (23 de julio, 1, 4, 7, 8, 11 y 20 de agosto); *El anillo del Nibelungo* (25 á 28 de julio y 14 á 17 de agosto) y *Tristán é Isolda* (21 y 31 de julio, 5, 12 y 19 de agosto).



EL FUMADOR, cuadro de Luis Graner (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, 1904)

**Necrología.** — Han fallecido:

Antonio Azbé, pintor muniquense.

José Ferrari, pintor romano.

Roberto Billwiller, meteorólogo suizo, organizador del actual servicio meteorológico en Suiza, director del Observatorio central de Zurich y autor de varias obras.

Enrique Bulthaupt, poeta y dramaturgo alemán.

Julio Oppert, orientalista de origen alemán, miembro de la Academia de Inscripciones francesa, profesor de Asiriología del Colegio de Francia, autor de importantes obras.

Alberto Edelfett, pintor finlandés.

Cristián Behrens, escultor alemán, miembro de la Real Academia de Dresde.

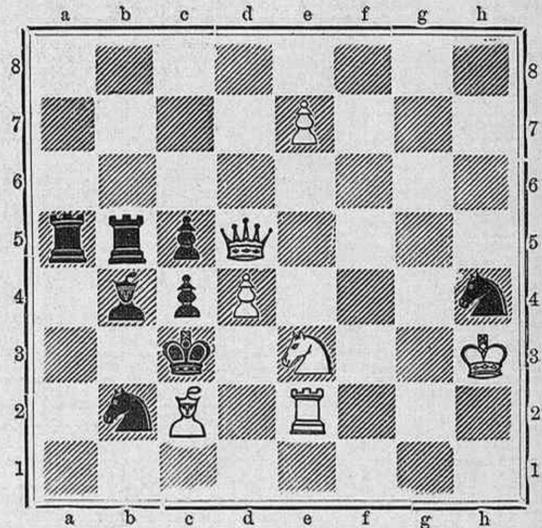
Rodolfo Baumbach, poeta lírico y épico alemán.

**AMBRE ROYAL** Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 22, B<sup>is</sup> Italiens, París.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 409, POR J. MÖLLER.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 408, POR J. BERGER.

Blancas.

1. Th4-h8

2. c2-c3

3. T mate.

Negras.

1. Cg5-h7

2. Cualquiera.

VARIANTES

1..... Cg5-f7; 2. Th8-h2, etc.

1..... Cg5-e4; 2. d3xe4, etc.

1..... Cg5-e6; 2. f5xe6, etc.

1..... Cg5-h3; 2. Th8xg8, etc.

## LA DAMA VERDE

NOVELA DE JOSEPH L'HOPITAL. — ILUSTRACIONES DE GEORGES SCOTT

(CONTINUACIÓN)

La buena mujer, que había tapado á medias su marmita como con un sombrero echado hacia la oreja, se levantó entonces. Era una viejecita un poco orobada, muy lenta en sus movimientos.

—En cuanto á eso, señores, dijo con voz cascada, ya veremos. Es preciso, ante todo, que vuelva mi hombre:

En el mismo momento su hombre entró; buen mozo, de anchos hombros y de buen aspecto para su vejez. Una ancha barba canosa extendida por la blusa daba un aspecto grave á su cara cuadrada é iluminada por ojos de un azul pálido. Mantenía-se muy derecho y tenía ese aspecto independiente y un poco altanero que caracteriza en Normandía al campesino de antiguo abolengo.

—Langlois, dijo la mujer, llegas á tiempo. Ya sabes que tenemos que alojar esta noche á los oficiales; ¿dónde van á acostarse?

Langlois, que tenía puesta la gorra, no se la quitó y dijo:

—Donde ellos quieran.

Después, como si observase por primera vez la presencia de los oficiales, se volvió hacia ellos y dijo, sin quitarse tampoco la gorra ni saludarlos:

—Si quieren ustedes venir á ver...

—Vaya usted, Kerdec, y trate de encontrar en este casucho un rincón donde podamos dormir. Mientras tanto, voy con Chamereuil á ver qué ha sido de nuestros hombres, si las cocinas están encendidas y si el tal Ledrain es razonable. Nos encontraremos aquí, dentro de media hora, para comer.

## VII

—Esperen un poco que encienda el farol. Podríamos llevar la vela; pero una corriente de aire..., por casualidad..., podría apagarla, y no tendría gracia ninguna.

Descolgó un farol de cuadra, que estaba suspendido en la pared, y dijo, dirigiéndose á su mujer:

—¿Tienes fósforos? Enciende entonces la mecha... Está bien; esto va á alumbrar sin alumbrar, pero siempre alumbrará bastante para que no nos perdamos... Sí, ya te entiendo; pero ¿dónde quieres que los acostemos? No hay más que la cámara del marqués..., como no los llevemos á la de la dama verde.

—¡Oh!, exclamó la mujer.

Y se santiguó.

—Claro, claro... Entonces será en la cámara del marqués. Alcanza las sábanas mientras vamos á verla.

—¿Estamos, buen hombre?, preguntó Kerdec, que empezaba á impacientarse. Pase usted delante con su farol.

—Con perdón, dijo Langlois.

Salieron y subieron la escalera de caracol. Después de haber girado algún tiempo sobre sí mismos en aquella tuerca de piedra, se detuvieron en un escalón más ancho que los otros y que formaba des-

cansillo. Langlois se acercó, con una gran llave en la mano, á una puerta baja.

—¿Es ésta, preguntó Kerdec, la cámara de la dama verde?

chimenea de mármol verdoso, paredes de ladrillo y coronada por un espejo leproso partido en dos; ocultaba el espacioso hogar ante el cual se habían calentado los antepasados del señor marqués. Una cama de caoba, oculta por unas cortinas desteñidas, unas sillas y dos butacas sin estilo, un velador cojo y un tocador en el que giraba un espejo redondo completaban el mueblaje de aquella lúgubre pieza, alfombrada con una moqueta que enseñaba el tejido y dejaba ver de vez en cuando el suelo. Una puerta vidriera con sucias cortinillas estaba abierta, y Kerdec, apoderándose del farol, entró en un gran gabinete iluminado por una ventana que, en la primitiva sala, estaba enfrente de la de la cámara. Allí había montones de papeles y de pergaminos cayéndose contra las paredes y escapándose de cajones de cartón hasta el suelo enladrillado.

—El señor marqués, dijo Langlois, llamaba á este sobrado su archivo. Parece que hay aquí papeles de importancia para la familia. Hace cinco años, vino un señor sabio á revolver esto, con permiso del señor marqués, y se marchó sin poner nada en su sitio. Y como nosotros no sabemos, así se está.

Kerdec pensaba en voz alta:

—Es curioso... Fuera, un aspecto de ruina agresiva; aquí todo un pasado esparcido; y al lado, ó más arriba, un misterio que este hombre tiene miedo de revelarme... Es maravilloso este antiguo torreón...

—No se puede decir que estarán ustedes bien aquí, dijo el guarda cerrando la puerta del gabinete; pero tratemos de que estén lo mejor posible... Desde luego, podrán caber dos en la cama

y el otro tendrá el trabajo de dormir en un colchón, en el suelo.

—Estaremos perfectamente. En maniobras no somos exigentes. Y además, ¿no hay otro cuarto que darnos? El de la dama verde, por ejemplo...

Langlois acababa de apagar las bujías, y el farol, muy bajo, traspasaba apenas las tinieblas, cuando oyeron un sordo rugido, como si hubiesen arrastrado una cosa pesada encima de ellos. Langlois dió un grito de espanto y balbuceó:

—¡Desdichados de nosotros si habla usted de ella! ¿No sabe usted que puede así hacerla venir? ¿Ha oído usted?

El teniente se encogió de hombros y respondió:

—He oído un trueno. Vamos á tener otra tempestad y no hay más que eso. Es usted cobarde, mi amigo.

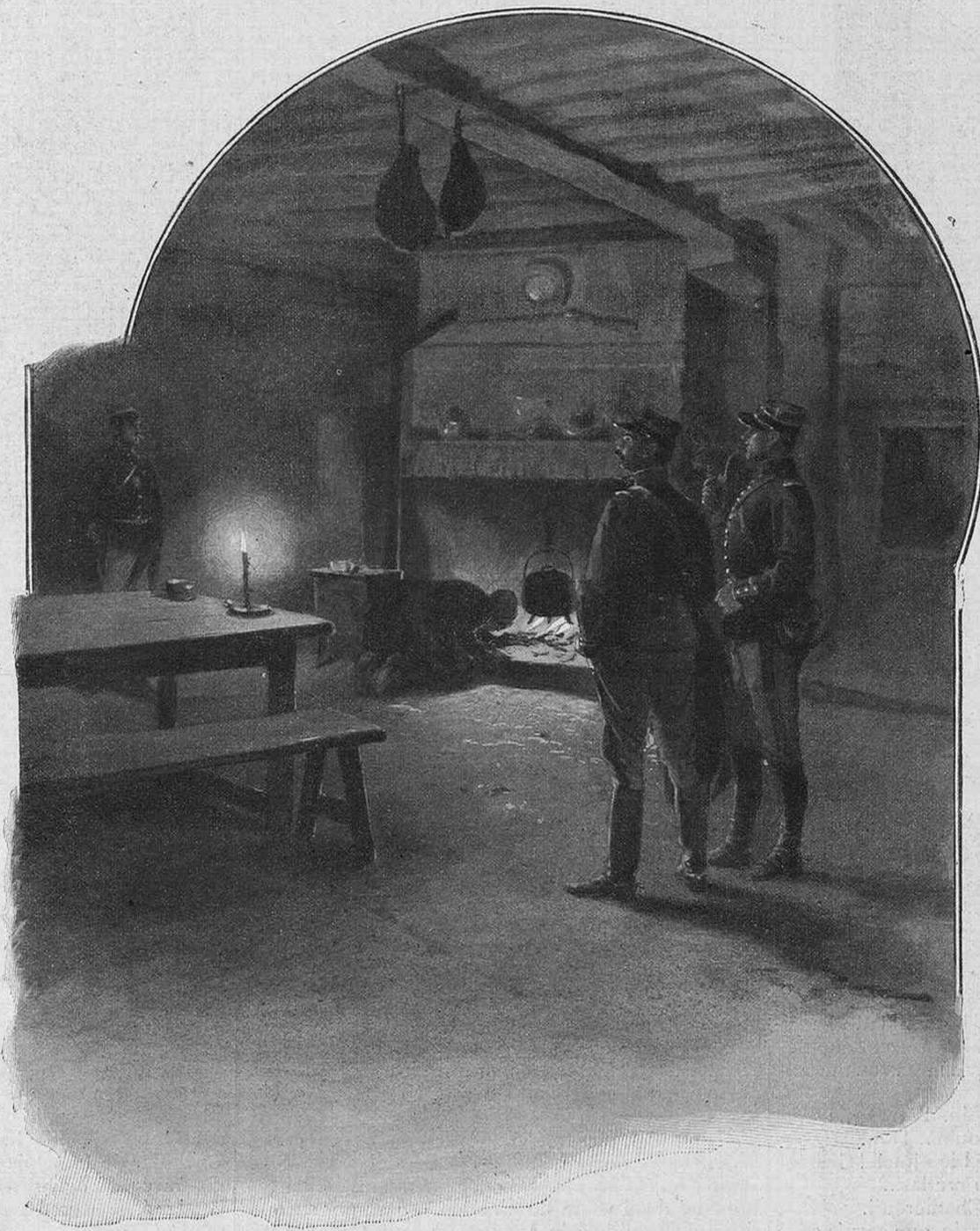
—A saber, gruñó Langlois, si soy tan cobarde como usted cree.

—Pues bien, entonces, vamos allá.

—¿Adónde? ¿Allá arriba? No, por cierto...

—¡Ah! ¿Es ahí arriba?

—Es necesario que le cuente á usted, ante todo...



Arrodillada delante de la chimenea, la mujer del guarda trataba de encender... (Véase pág. 806.)

El guarda se estremeció y su mano temblona hizo dar un redoble á la llave sobre la cerradura.

—No, dijo muy de prisa, es el departamento del señor marqués.

Se apresuró á abrir é introdujo á Kerdec en una antecámara desmantelada y luego en una cámara, donde sus pasos se apagaron en una alfombra.

—Voy á encender y verá usted mejor, continuó Langlois. Hay bujías en los candeleros. Esto está siempre preparado como si fuese á venir el señor marqués. Mi mujer tiene ese gusto.

—¿No viene nunca el señor marqués?

—Venía hace tiempo, pero ya no hay que contar con eso. Cuando vuelva á la comarca será probablemente con los pies por delante, para ir al cementerio de Martinville... ¡Con noventa y tantos años que tiene!.. A esa edad no sirve uno para nada más que para hacer un muerto...

Entre tanto la cámara se iluminaba y se mostraba con toda la fealdad de un entresuelo, brotado allí, como un hongo Luis Felipe, en una de las grandes salas del torreón. El techo, de yeso y muy bajo, corría por en medio la antigua ventana. La innoble

—¡Cuidado! Dice usted que el hablar de ella le hace venir...

—Lo contaré mientras estén ustedes comiendo la sopa. Estando todos juntos no vendrá.

## VIII

—Señores, dijo el teniente Kerdec á los oficiales, que acababan de entrar, la sopa de coles está en la

viendo las chuletas en la parrilla y no parecía haber notado que se hablaba de ella, el guarda tomó un cucharón de sopa, se sentó en un pico de la mesa y se puso á comer con grave lentitud sin decir nada. Su plato estaba todavía casi lleno, cuando el capitán, armándose de una cuchara, atacó la tortilla con un golpe recto en pleno vientre, y exclamó:

—¡Tocada!.. Las tortillas de jamón me conocen. No sé si os he contado lo que me pasó un día en

## IX

La hora del café es entre los normandos la hora en que se habla, y el teniente Kerdec, aunque bretón, no lo ignoraba. Cuando el guarda se hubo servido, le dijo á quemarropa:

—Señor Langlois, este es el momento de cumplir su palabra y contarnos la historia de esa dama que



Echó un trago para cobrar ánimo y empezó...

mesa, y en ausencia de ustedes, he mandado hacer la tortilla de jamón. He hecho bien, puesto que llegan en el momento preciso en que la patrona termina su obra maestra.

—¡Bravo!, respondió el capitán. Patrona, no la deje usted quemar, voto al demonio... Dóblela; ahora es el momento. ¡Ajajá!.. ¡Qué bien huele! Chamereuil, á usted que le gustan algo crudas...

—Confieso ese pecado, dijo Chamereuil.

Kerdec pidió noticias de Ledrain, que seguía contrariado y en la cama; pero su mujer, completamente domesticada por los sargentos, había hecho una degollación de gallinas para sus huéspedes.

Langlois, entre tanto, puso en la mesa una lámpara de petróleo que iluminaba alegremente la tortilla; la fritada de pollo cantaba en la sartén; las chuletas de cerdo empezaban á chisporrotear en un rincón del fuego, y los platos, alrededor de la mesa, humeaban como cazoletas. Los tres oficiales se sentaron, contentos del asilo y de la cena, y aplaudieron ruidosamente á Langlois, que entraba con un jarro de sidra y dos botellas de lo añejo.

—Mi capitán, propuso Kerdec, ¿invitamos á nuestros patrones á cenar? Langlois tiene una historia terrible que contarnos. Comer caliente, beber frío y oír cuentos de hadas..., ¿se puede soñar velada más agradable?

—Perfectamente, dijo el capitán. A mí me hacen dormir las historias cuando no hago nada, pero mientras como las soporto bien... Chamereuil, retire usted la silla para dejar sitio á la señora de Langlois.

—Son ustedes muy amables y me hacen gran honor. En cuanto á mi costilla, ustedes la dispensarán, pues tiene que ocuparse de la cocina.

Y sin hacer caso de su mujer, que estaba revol-

una granja, siendo alférez y estando en maniobras.

No había que pensar en hacer callar al capitán; y Kerdec y Chamereuil echaron una mirada de disgusto á Langlois y se resignaron. La historia salió á luz, seguida de otras, y los dos oficiales, que las conocían todas, pusieron á mal tiempo buena cara y las sufrieron alegremente, presintiéndolas, viéndolas venir y haciendo apuestas por señas entre ellos sobre cuál iba á venir, dominados, eso sí, por su apetito y devorando con presteza juvenil. Grandes tragos de sidra acompañaron á la fritada de pollo, que los oficiales despacharon después de la tortilla y á la que siguieron las chuletas de cerdo. Pero ni los relatos del capitán, ni las exclamaciones y el ansia de los oficiales alteraron la calma de Langlois. El guarda comía tranquilamente, como campesino estoico, vaciaba con frecuencia su vaso y servía de beber á los presentes; después, como las fuentes se vaciaban antes de que él hubiese comprobado su contenido, hacía con la lengua cierto chasquido para llamar á su mujer, que acudía muy de prisa á llenarle el plato, que él había limpiado meticulosamente con una miga de pan. Cuando la mujer puso en la mesa un trozo de dulce para postre, Langlois se levantó, tomó una de las dos botellas que había traído, la destapó con solemnidad, sopló en el cuello, echó con precaución unas gotas en su vaso y la pasó á la redonda murmurando con entonación respetuosa:

—Sin faltar á ustedes al respeto, pueden beberlo; estaba ya en casa en tiempo de mi difunto padre.

Después volvió á su sitio, chocó su vaso por encima de la mesa con el de los convidados y dijo: A la salud de ustedes. Y estaba todavía bebiendo á traguitos cuando su mujer trajo otro tarro de dulce. Entonces destapó la segunda botella.

tiene su cámara en lo más alto del castillo y á la que no gusta que se hable de ella en la escalera.

Langlois, que se estaba llevando la taza á la boca, sintió un temblor que hizo que el café se vertiese. Al mismo tiempo, la lámpara, que hacía unos minutos estaba echando humo, produjo una gran llama. La mujer de Langlois acababa de poner en la mesa un frasco de aguardiente de Calvados. La vieja se persignó, se acercó á su marido y le dijo con espanto al oído:

—¿Querrás callarte?

El hombre echó á la puerta, á la ventana y á la chimenea una mirada de alarma, y se estuvo un rato mudo, escuchando el silencio que le rodeaba. Después pareció tranquilizarse pasando revista á sus auditores: Chamereuil, que estaba encendiendo la pipa y lanzaba grandes bocanadas de humo; el capitán, que se estaba echando un chorro de Calvados en el café, y Kerdec, que liaba un cigarrillo y le dirigía una sonrisa tranquilizadora.

«No hay peligro, pensó, entre toda esta gente.»

Echó un trago para cobrar ánimo y empezó:

—Bueno es decir que se trata de cosas muy antiguas. El abuelo de mi difunto padre, que era un hombre sabio en no pocas cosas, decía que el hecho había ocurrido en tiempo del rey Francisco I, padre de Enrique IV, lo que quiere decir, ¿verdad?, que fué antes de la gran Revolución. En aquel tiempo el castillo, que era muy importante, pertenecía ya á los antepasados del señor marqués, y hasta se dice que se trata de historias de familia, y la prueba es que el señor marqués nunca ha querido hablar del asunto.

—¿Qué sabe usted entonces?, preguntó el capitán.

—Hay cosas que se saben sin saberlas. La gente

habla... Y después, ¿no sabemos que ella se aparece?

—¿Quién es ella?

—La dama verde... ¿No lo he dicho?

—¡Ah, sí! Había olvidado á esa señora.

—Mi capitán, observó Chamereuil, no es usted galante...

—Es verdad. Pues bien, á su salud.

—¡Será posible, Dios mío!, balbuceó la mujer de Langlois.

—No haga usted eso, dijo el guarda. No hay que incitar á los muertos.

Chamereuil y el capitán soltaron una carcajada; pero Kerdec, á quien atraía el misterio, permaneció grave.

—Tiene usted razón, amigo, dijo. Continúe su historia. ¿Qué sucedió en tiempo de Francisco I?

—Padre de Enrique IV, añadió el alférez.

Langlois, dándose cuenta de que el oficial se burlaba de él, se encogió ligeramente de hombros, echó una mirada de descontento al capitán, que seguía riéndose, y después de beber un buen trago continuó, dirigiéndose solamente á Kerdec:

—Este país no se llamaba todavía la Dolente, sino Fierville, y nuestro amo sigue siendo el marqués de Fierville. Si dijese á ustedes que su antecesor de aquel tiempo era dueño de todo Martinville, de todas las fincas que van hasta los Essarts y del bosque que se ve desde aquí al otro lado del río cuando el tiempo está claro, no les mentaría. Tenía aquel señor un buen pedazo de tierra, en vez de ser, como hoy, una triste granja con un resto del castillo... Pero ¡bah!, parece que si la gran Revolución ha desplumado á algunos, á otros los ha hecho ricos... ¿Tienes todavía café, patrona?

—Lo que nos va usted á contar se refiere, pues, á un marqués de Fierville, dijo Kerdec mientras Langlois se hacía llenar la taza.

—De él se trata, si se quiere, respondió el guarda.

—En fin, ¿qué era suyo la dama verde?

—¿Ha entrado usted en la iglesia de Martinville?

—No.

—Pues si tiene usted tiempo de entrar mañana, verá en el rincón de una ventana, donde está San Lorenzo con Santa Margarita, al marqués de Fierville arrodillado al lado de la parrilla de San Lorenzo.

—Bueno, pero ¿y ella?

—¿Ella?... En lo bajo de la falda de Santa Margarita, también de rodillas.

—¿Era, pues, la dama verde una marquesa de Fierville?

—Siempre lo he oído decir.

—¡Ea, sepamos qué le sucedió á esa pobre marquesa! Supongo que sería desgraciada, porque, si no, no se aparecería después de muerta.

Langlois miró otra vez á su alrededor, y cuando todos estaban callados, Chamereuil estornudó ruidosamente. La mujer se estremeció y dejó caer la sartén que tenía en la mano.

—Tranquílcese usted, señora de Langlois, dijo en tono de broma el oficial; no es la dama verde. Esa no estornuda desde el tiempo de Francisco I; soy yo, que me he resfriado, y esto no es peligroso.

—Ahí verá usted, continuó Langlois; aunque uno

no sea devoto, la cosa no es buena de contar, y los viejos dicen que es expuesto, sobre todo cuando hay tempestad, como esta noche.

Kerdec insistió:

—No, no puedo... Es terrible de contar.

—Haga usted como la persona que tiene que tomar una medicina y se la traga de repente. En dos minutos habrá usted acabado; yo le ayudaré si es preciso... ¿De modo que se dice que murió una noche, durante la tempestad?

Langlois sudaba la gota gorda. Se armó de valor, cerró casi los ojos y dijo muy de prisa y con voz sorda:

—Estaba casada con el marqués, dicen que por fuerza, y como no andaban muy de acuerdo, ella había hecho cosas que no debía hacer. La desgracia fué que no desconfiaba de su marido, que tenía buena nariz y había visto cierto mancebo que andaba rondándola. Cuando hete aquí que un día, en su cuarto, que estaba en lo alto de esta torre, el marqués encontró al individuo, á quien había visto entrar. ¡Horror! La cosa no fué despacio... Hizo plantar en el muro, encima de la ventana, una gran horca de hierro, y colgó de ella brutalmente al amigo de su señora. A ella, la infeliz, la encerró en su cuarto, y allí tuvo que estarse teniendo siempre ante los ojos el cuerpo que pendía delante de la ventana y que el viento balanceaba á su antojo de izquierda á derecha. Allí permaneció no sé cuánto tiempo, y tanto lloraba, que el castillo se llamó desde entonces castillo de la Dolente.

El guarda se calló para tomar aliento y se sirvió una taza llena de aguardiente. Kerdec estaba anheloso. El capitán y Chamereuil no se reían ya. Langlois, á quien la bebida volvía locuaz, siguió diciendo:

—Se dice que el marqués no quiso nunca perdonar, ni aun estando amenazado de muerte por una mala fiebre. Se dice que cuando murió, sonó un gran trueno que hizo temblar todo el castillo, y al día siguiente, cuando se quiso ir á libertar á la pobre mujer, se la encontró también difunta al la-

do de la ventana en que se balanceaban los huesos de su amante. Se dice que fué el gran trueno el que la mató en el momento en que el diablo se llevaba á su marido. ¿Es verdad? ¿No lo es? No puedo decirlo. Lo cierto es que ella se aparece en las noches de tormenta.

—¿Cómo lo sabe usted?, preguntó el capitán encogiendo de hombros. ¿Usted la ha visto?

—No hace falta verla para oír la llorar... Será raro que no lllore esta noche. Voy á decir á ustedes una cosa; hay siempre en las tempestades de aquí dos truenos más fuertes que los demás; entre esos dos truenos es cuando ella llora.

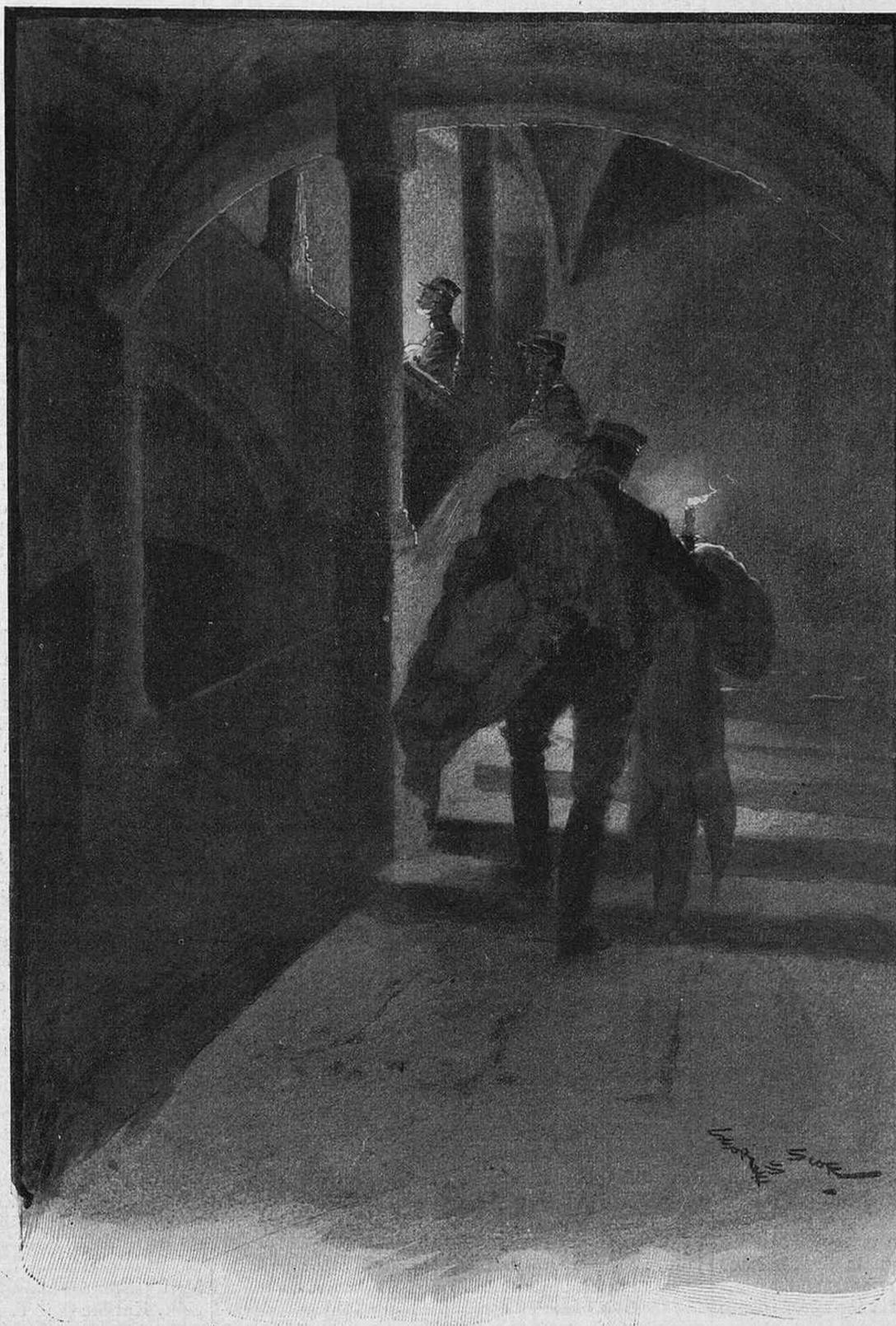
—Pardiez, dijo Chamereuil, el viento gime, el agua gotea y usted revienta de miedo. Este es todo el secreto de la dama verde. Y á propósito, ¿por qué es verde esa dama?

Langlois, ofendido por la incredulidad del oficial, respondió con mal humor:

—Vaya usted á preguntárselo.

Y cuando Kerdec quiso saber por qué no se aparecía también el marqués, el guarda metió la nariz en la taza y no quiso decir palabra.

Su mujer, entonces, que había acabado sus arreglos, no resistió al deseo de meter baza á pesar de su miedo.



El teniente Kerdec abría la marcha con una vela en la mano

—¿Es, sobre todo, en las noches de tempestad cuando se aparece?

—Ello es que en una noche de tempestad murió.

—¡Horror!, dijo Chamereuil. Pero, entonces, es encantador. Diga usted, mi capitán, usted no esperaba esto; una mujer que se nos va á presentar, transportada por la tormenta, aunque un poco estropeada, acaso, por el tiempo...

El capitán, á quien el Calvados ponía tierno, sentía veleidades musicales y se puso á cantar:

—¡Ven, gentil dama!..

—¿Se callará usted?, dijo la mujer de Langlois, á quien volvía loca el miedo.

Langlois se levantó aterrado.

—Después de todo, no hay que decirle que venga...

—Esté usted tranquilo, dijo Kerdec. Jamás se ha aparecido un fantasma delante de cuatro personas tomando café... Vamos, Sr. Langlois, vuélvase á sentar y acabe su relato.

El guarda se sentó, pero la actitud de sus oyentes le escandalizaba, y les dijo:

—Quiero creerle á usted, pero no puedo seguir á esta hora. Me corta la palabra el oír burlarse á esos señores.

—Esos señores se ríen para probar que no tienen miedo y dar á usted valor.

—¿El marqués?, dijo; ese, no hay peligro; está en el infierno y el diablo no le suelta. Su mujer no es lo mismo, porque hizo penitencia, y para que no se distraiga tan pronto, Dios la envía de vez en cuando á su desgraciado cuarto. Así durarán las cosas hasta que Dios la perdone; así lo creían, al menos, los viejos del país, que eran devotos.

—He aquí, concluyó el capitán levantándose de la mesa, una buena historia para asustar chiquillos. Señores, se hace tarde y tenemos que echar á andar mañana temprano. Vamos á acostarnos si les parece. A la salud de usted, por última vez, Langlois.

Mientras ellos bebían, la mujer abrió el armario de ropa y sacó sábanas. Langlois encendió su farol y todos salieron á la escalera y subieron: el capitán un poco pesado por el Calvados, Kerdec pensativo, Chamereuil tarareando y el matrimonio Langlois desconfiado é inquieto. Así entraron en la cámara del marqués, cuyo conjunto lastimoso se iluminó penosamente por los esfuerzos combinados de los dos candeleros y del farol.

Ya estaban el guarda y su mujer haciendo gemir la cama de caoba al arrastrarla sobre sus correderas y ya preparaban las mantas, cuando Chamereuil exclamó:

—Pero no podemos acostarnos ahí los tres.

—Espere dos minutos, respondió Langlois; voy á buscar un colchón.

—No, no... Me están dando ganas de subir allá arriba, al cuarto de la dama. Sería yo, verdaderamente, muy tonto, cuando me espera una mujer, y verde, por añadidura...

Y añadió chupando la pipa:

—Aunque mi amiga tenga celos...

—Yo iré con usted, amigo, dijo Kerdec.

—Eso es... ¿Y yo? ¿Me van ustedes á dejar aquí solo?, exclamó el capitán. ¿Para que sea el marqués el que venga á tirarme de las piernas? Soy como ustedes, amigos, y prefiero la señora.

Y añadió volviéndose hacia los Langlois, cuyo estupor acabó de ponerle alegre:

—¡Vamos! ¡Pronto! Nos acostamos arriba. Coja usted sus trevejos y en marcha.

La mujer no pudo más.

—Yo no voy, exclamó; primero me matan. ¿No sabe usted que los que ella mira con sus ojos verdes quedan embrujados y no tienen remedios ni santos que los curen?

Langlois, por su parte, estaba aturdido y balbuceaba:

—No es posible..., en semejante noche... El señor marqués no quiere...

—Es un departamento, observó Chamereuil, al que no debe usted limpiar el polvo con frecuencia...

—Hace veinte años, caballero; la última vez que vino el señor marqués.

—¿Y entró usted con él? Ya ve usted como no se ha muerto... Denos usted la llave, si tiene miedo, y déjenos arreglarnos. Si vemos á la dama verde, le diremos muchas cosas de parte de usted.

—Amigo, dijo el capitán, es usted un cobardón, es evidente. Pues bien, sepa que nada me vuelve tan tozudo como los cobardes. Hace un momento me hubiera acostado aquí; pero ya que la cosa le hace á usted ese efecto, me acostaré arriba.

El guarda comprendió que sería inútil insistir y dijo suspirando:

—Hagan ustedes lo que quieran. No se puede impedir á la gente que vaya á su desgracia. Pero ni mi mujer ni yo nos mezclamos en nada... Aquí están las sábanas, las mantas y las bujías... Peor para ustedes si todo esto acaba mal... La culpa no será mía... En cuanto á la llave, en la puerta está, si no se la ha llevado el diablo...

## X

Mientras el matrimonio Langlois y su farol emprendían la retirada, los tres oficiales se dispusieron á subir la escalera. El teniente Kerdec abría la marcha con una vela en la mano y una almohada debajo del brazo izquierdo; seguía Chamereuil cargado de mantas y de sábanas; y el capitán cerraba el cortejo, armado con otra almohada y la segunda bujía.

Después de haber dado muchas vueltas en la espiral de la escalera, llegaron á un descansillo en el que cesaban bruscamente los escalones. Una balaustrada calada, que terminaba cerca del muro por un hipogrifo agachado, estaba encima del hueco de la escalera, y la columna á cuyo alrededor habían subido los escalones apoyándose por la punta, continuaba sola hasta una bóveda donde se repartía en aristas que caían por los lados como las hojas de una palmera. Una puerta baja como la del piso inferior estaba cerrada por un gancho enmohecido,

que Kerdec hizo saltar. La puerta se abrió rechinando, y al mismo tiempo subieron por el hueco de la escalera murmullos de terror. Chamereuil, entonces, se inclinó y lanzó un gran aullido de lechuza, al que respondieron dos gritos de espanto seguidos por un precipitado golpeo de puertas.

—¡Los Langlois huyen despavoridos!

Los oficiales penetraron en una galería menos ancha que la antecámara del primer piso y se detuvieron, hacia la mitad de su longitud, ante una puerta rodeada de ornamentos góticos.

La luz de las bujías les permitió distinguir unos entrepaños esculpidos, una cerradura de hierro calado y una llave que invitaba á abrirla; pero dos enormes cerrojos, evidentemente añadidos por medida de rigor ó de precaución, cortaban brutalmente el chapitel y la base de las columnitas y desfiguraban los personajes de los entrepaños. En el otro lado de la galería se abrían unos huecos en forma de troneras, y hacia el extremo, interceptado por una pared desnuda, había una poterna ojival que había debido comunicar en otro tiempo este piso del torreón con el resto del castillo. El yeso lleno de salitre que la condenaba hacia el efecto de una mancha de lepra sobre el gris de las piedras. No había duda; la única puerta que quedaba de este piso no podía menos de ser la de la misteriosa cámara.

El capitán Guiraud puso en el suelo el candelero y trató de dar la vuelta á la llave en la cerradura. Pero el pestillo enmohecido resistía.

—¡Maldita llave! Me estoy deshaciendo las manos. Déme usted esa almohada, dijo á Kerdec.

Y sirviéndose de una punta de la almohada como de un guante algodónado, acentuó el esfuerzo y la puerta se abrió con una queja enronquecida. Chamereuil, á puntapiés, rompió el cerrojo de abajo, el de arriba cedió sin esfuerzo y la puerta se abrió de par en par como si la hubiera empujado una mano invisible. Un soplo que pasó apagó la bujía que Kerdec llevaba en alto; Chamereuil derribó, al retroceder, el candelero que estaba en el suelo, y se encontraron en la obscuridad.

—¡Mil truenos!, exclamó el capitán.

La tempestad rugió largamente como para responderle.

—Por fortuna tengo fósforos, dijo Chamereuil. Mi pipa no toleraría que yo careciese de ellos.

El fósforo y el imperfecto de subjuntivo sonaron al mismo tiempo y los oficiales volvieron á encender las velas y entraron por fin en la cámara de la dama verde.

Lo primero que descubrieron fué una hilera de personajes lívidos que parecían correr alrededor de la pieza. Después salió de la sombra una cama monumental, y á los lados de una amplia chimenea aparecieron grandes sillones esculpidos. El espeso muro se ahuecó, guarnecido de dos bancos de piedra, hacia la única ventana, y una cosa grisácea se agitó en el aire; era el copo de cáñamo de una rueca que el viento, soplando por los vidrios mal ajustados, movía en su antiguo torno. Un olor de polvo y de moho flotaba en el aire húmedo, y el capitán tropezó con el esqueleto de un buho que había bajado, sin duda, por la chimenea y volado buscando una salida hasta que murió de hambre en las losas.

Los tres oficiales estaban callados é impresionados por el extraño aspecto de aquella estancia de otra edad; y el teniente Kerdec, más conmovido que los otros, reconoció la ventana que había visto, á los últimos resplandores del sol poniente, mirando al valle como el ojo de la fortaleza tuerta.

Era indudable que el mueblaje de esta cámara databa de varios siglos. Estaba la estancia enteramente cubierta de tapices representando personajes sobre fondo verde y cacerías. Por todo el muro galopaban, persiguiendo ciervos y jabalíes, señores empenachados y con tocás y altos corsés. Los pajes hacían volar los gerifaltes y los azores, y las damas, armadas de ballestas, apuntaban á unos pájaros desconocidos posados en árboles raros. Los colores estaban como atenuados y anegados en el fondo verde obscuro de la trama, y sólo las caras de los personajes, al descolorarse, habían tomado un tinte blanco y cadavérico que las hacía siniestras. En un ángulo de la pieza pendía, desclavado, el tapiz, y dejaba ver las piedras desnudas de la pared. Un retrato ahumado, y cuyo lienzo estaba hinchado por la humedad, presidía en la campana de la chimenea, alterando su primitiva armonía. Mantenido por cuatro grandes clavos de hierro que penetraban como garfios en el oro empañado del marco, parecía haber sido puesto allí con algún fin perverso. Era la imagen de un noble de ferruelo acuchillado, con un sombrero en que se retorció una pluma roja. Su perfil miraba á la ventana. La nariz acentuada, las espesas cejas que le cubrían los ojos, la boca altanera

y la barba dura y corta, daban á aquella cara una singular expresión de maldad.

Los tres oficiales habían dejado almohadas, mantas y sábanas en uno de aquellos grandes arcones del siglo XVI que se llamaban arcones de novia y en los que se guardaban los adornos y la dote de la desposada. Chamereuil se subió en uno de los sillones góticos, levantó la bujía hasta el señor retratado en la chimenea y le hizo un gesto, diciendo:

—Tiene cara de pocos amigos este antepasado.

—¡Animalucho!, gruñó el capitán dando un gran puntapié al esqueleto del buho.

Pero Kerdec no los escuchaba; su pensamiento estaba distraído y la novela de la dama verde daba vueltas en su cabeza mientras seguía, con el candelero en la mano, á los pálidos monteros de las paredes. Absortó en sus reflexiones, tropezó con el estrado en el que se levantaba la cama y la contempló largamente. El tablero, casi cuadrado, descansaba en un plinto de roble tallado en medallones con personajes del Renacimiento; de los chapiteles acanalados de cuatro columnas que sostenían un dosel rodeado de una banda de tela estirada, pendían unas cortinas oscuras; y en la cabecera de la cama, dominando la almohada hundida y cubierta con una colcha destrozada, una graciosa estatua de mujer, sentada entre dos leones echados, apoyaba los brazos en sus cabezas y las acariciaba sonriendo. Por encima del escalón en que el teniente acababa de tropezar, una pililla de agua bendita de plata empañada, clavada en el tapiz, parecía colgada del colmillo de un jabalí al que un cazador perseguía con su jabalina y que se precipitaba sobre dos villanos muertos de terror.

Kerdec dió la vuelta á la cama, fué hacia la ventana y se detuvo pensativo ante el torno dislocado que levantaba su enmarañado copo; y al volverse hacia la chimenea, se estremeció viendo la aviesa mirada del retrato. Entre la cama y la pared exterior, cerca del rincón en que colgaba el tapiz, había una puerta entornada, y el teniente entró en un gabinete obscuro cuyos muros desnudos no estaban ocultos por ningún tapiz. En el fondo y dentro de un tosco nicho, una virgen de piedra y sonrisa enigmática contemplaba al niño Jesús, que tendía los brazos hacia un pesado reclinatorio. Delante del nicho pendían de un hierro unos girones de tela indicando que la imagen estuvo, acaso, cubierta cuando el gabinete no servía de oratorio. Casi enfrente de la puerta se hundía en el muro un pilón de piedra como los que sirven, en nuestras iglesias viejas, para vaciar las vinajeras. Al lado y en el zócalo de una credencia, un jarrito enverdecido yacía derribado en su plato de cobre, y sobre él se había caído un objeto redondo, de metal enmohecido, que debió de ser un espejo. En fin, algunos trozos de cera guarnecían aún las puntas de un candelero puesto al lado de un largo arcón. Impulsado por una curiosidad irresistible, Kerdec levantó la tapa de aquella arca, que no tenía cerradura, y vió girones, ó más bien, polvo de ropas. Aquellos restos, devorados por los gusanos y las polillas, no tenían ya forma ni color, pero en el sitio que ocupaban y en ciertos dobleces conservados en su masa, se conocía que habían pertenecido á una mujer... En su preocupación, Kerdec dejó caer de golpe la tapa, que le apagó la luz.

El teniente volvió á tientas á la cámara, ahogado por la emoción. Corrió á la ventana, abrió con trabajo una de las maderas y apoyó en los hierros de la reja su ardorosa frente, golpeada por grandes latidos. De la pradera, iluminada por los relámpagos, subía hasta él un soplo húmedo; los grandes álamos negros que cortaban el horizonte se destacaban sobre el cielo ardiendo como una hilera de espectros; un continuo rugido llenaba el espacio, repetido hasta el infinito por múltiples ecos; y al levantar la vista, creyó ver perfilarse sobre su cabeza la silueta de un gancho de hierro. Al mismo tiempo sintió que una mano se apoyaba en su hombro y apenas pudo reprimir un grito de terror.

—Y bien, amigo, dijo el capitán; usted no se anda en chiquitas. ¿Está usted bien descansado mientras trabajan mis tres galones?... Vamos, vamos, cierre usted esa ventana y no ponga esa cara. Ya he visto que se había usted remontado á lo azul, ó más bien, á lo verde, bretón de los diablos, cuando ha empezado á dar vueltas alrededor de esa cama vieja, con una expresión tan graciosa... ¿Ha visto usted, al menos, á la dama verde?... ¿No?... Mala suerte. Nosotros hemos acabado de mudar los trastos del marqués y le hemos atrapado sus colchones, que son justamente tres; y ese animal de Chamereuil ha encontrado todavía medio de dar una guasa atroz á los pobres Langlois...

(Se continuará.)

TRACCIÓN ELÉCTRICA DE LOS TRENES

ENTRE PARÍS Y JUVISSY

En 1900 la Compañía de Orleáns abrió a la circulación la prolongación de su línea principal entre las estaciones de Austerlitz y del muelle de Orsay. Esta sección es en su mayor parte subterránea, y a fin de evitar los inconvenientes del humo y del vapor, adoptóse el sistema de tracción por medio de locomotoras eléctricas, que ha dado excelentes resultados. Estas locomotoras eléctricas arrastran diariamente de 150 a 200 trenes que pesan de 150 a 300 toneladas con una velocidad de 50 kilómetros por hora. La duración del trayecto es de seis a siete minutos y el cambio de máquinas en la estación de Austerlitz no exige más de tres minutos.

Habiendo aumentado considerablemente el tráfico, la Compañía ha tenido que aumentar sus líneas entre Austerlitz y Breigny, punto de bifurcación de las líneas que se dirigen a Orleáns y a Tours, y ha aprovechado este aumento para mejorar su servicio de extramuros, aumentando el número de trenes y disminuyendo la duración del trayecto.

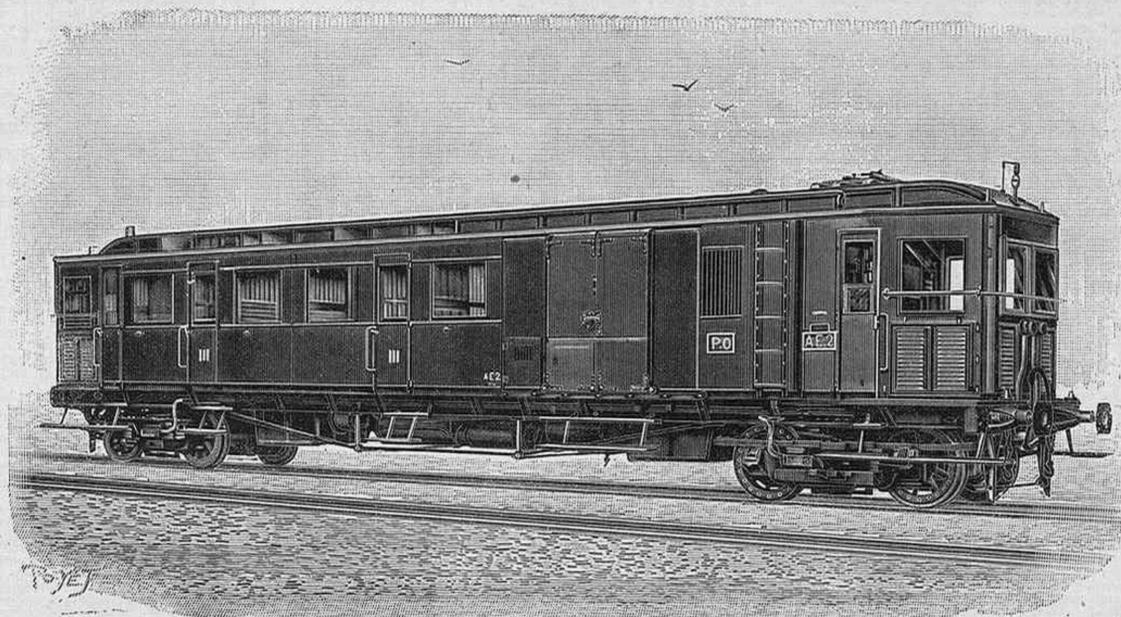
Para los trenes de extramuros, de frecuentes paradas, se emplea la tracción eléctrica por medio de locomotoras ó automotrices eléctricas.

Los trenes que prestan servicio entre París y Juvisy se componen de siete vehículos, dos de los cuales son automotrices y van uno a la cabeza y otro a la cola del tren. Los motores de ambas automotrices van gobernados simultáneamente por un solo agente situado en la de delante mediante el aparato de unidades múltiples de Sprague-Thomson-Houston. Con esta composición de tren se evitan las maniobras en las estaciones terminos y se simplifica el servicio.

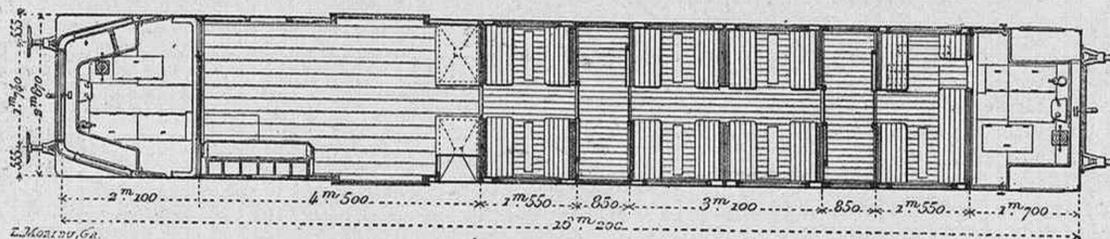
El peso del tren vacío, que puede contener 520 viajeros, es de 175 toneladas.

Las automotrices que los dos adjuntos grabados reproducen, se componen, en el centro, de tres compartimientos de 3.ª clase; delante y detrás están los puestos de maniobra para el watman. Sus dimensiones son 16'20 metros de largo, 3'10 de ancho y 3'81 de alto.

Cada eje de los cuatro que tiene la automotriz, es movido por un motor eléctrico de 125 caballos con simple reducción de velocidad en la proporción de 308, resultando una potencia total de 500 caballos en cada automotriz, y por consiguiente, de 1.000 caballos para un tren de siete vagones.—X.



VISTA EN CONJUNTO DE LA AUTOMOTRIZ ELÉCTRICA DEL FERROCARRIL DE ORLEÁNS



SECCIÓN HORIZONTAL DE LA AUTOMOTRIZ ELÉCTRICA

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
**Exigir la Firma WLINSI.**  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**ROB**  
**BOYVEAU-LAFECTEUR**  
 Célebre Depurativo Vegetal  
**EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO**  
 Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFECTEUR, Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
 SOBERANO contra  
**ASMA**  
**CATARRO, OPRESIÓN**  
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN EXITO  
 MEDALLAS ORO y PLATA.  
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero. Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**VINO AROUD**  
**CARNE-QUINA**  
 el mas reconstituyente soberano en los casos de: *Enfermedades del Estómago* y de los *Intestinos*, *Convalecencias*, *Continuación de Partos*, *Movimientos febriles* é *Influenza*.  
 Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
 Jarabe sin narcótico.  
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.  
**EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS**  
 FUMOIZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**HARINA LACTEADA NESTLÉ**  
 Contiene la mejor leche de vaca.  
 Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.



S. M. LA REINA ISABEL DE RUMANÍA (CARMEN SYLVA) TRABAJANDO EN SU DESPACHO EN EL PALACIO DE BUCAREST. (De fotografía.)

Poco conocida como reina Isabel de Rumanía, como Carmen Sylva su fama es universal. Este seudónimo, que no tiene la significación de un nombre propio, sino que se compone de dos palabras latinas, *carmen silva* (canto de la selva), va unido á una colección de libros de los más diversos géneros, llenos de poesía, impregnados de sentimiento, que retratan un alma enamorada de todo lo grande, de todo lo bello, de todo lo noble y que se extasia ante las armonías de la naturaleza, y demuestran una personalidad literaria de alto vuelo unánimemente reconocida y celebrada.

En la serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL de 1906 figurará uno de estos libros, *Cuentos de una Reina*, para cuya publicación hemos sido expresamente autorizados por la augusta dama, cuya bondad nunca agradeceremos bastante.

Carmen Sylva cuenta actualmente 62 años. Hija del príncipe Guillermo Armando Carlos de Wied-Neuwied, recibió una esmerada educación literaria y artística que completó en París, en donde cursó las asignaturas de la facultad de Letras, estudiando las lenguas antiguas y aprendiendo al mismo tiempo la mayoría de los idiomas modernos europeos. En 1869 se casó con el príncipe Carlos de Hohenzollern, proclamado rey de Rumanía en 1881. Es doctora honoraria de la Universidad de Budapest, miembro de la Academia de Rumanía y maestra en artes proclamada por los Juegos Florales de Tolosa de 1885.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
de **BLANCARD**

APROBADAS  
por la  
Academia  
de  
MEDICINA

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Dirección: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á  
LAS SENORAS

**EL APIOL** DE LOS  
RES  
**JORET-HOMOLLE**

CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco 5fr. en París

**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOSES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. B<sup>te</sup> St-Denis 14

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOËL DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN